héroes del
ESPACIO

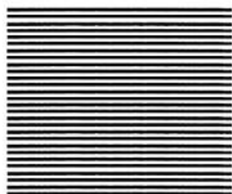
NOVELAS ECSA

MEMORIAS DE UN AUTOMATA



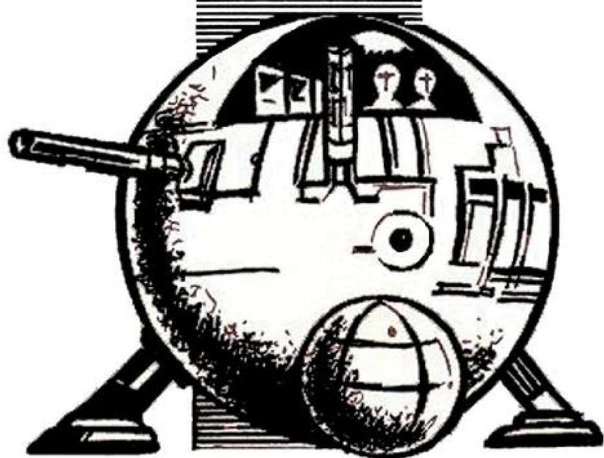
LAW SPACE

SOLO PARA ADULTOS



héroes del ESPACIO





ECSA

LAW SPACE

MEMORIAS DE UN AUTOMATA

Colección
HEROES DEL ESPACIO Nº 83
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S.A.
AGRAMUNT, 8 – BARCELONA (6)

ISBN 84-85626-56 7
Depósito legal: B. 28.342 - 1981

Impreso en España - Printed in Spain

1ª. edición: noviembre 1981

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona – 6

Impreso en los Talleres Gráficos de **EBSA**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

78— Amenaza a la Tierra, ***A. Thorkent.***

79— Mañana es hoy, ***Lucky Marty.***

80— Satélites asesinos, Law Space.

81— Cosmodea, ***Elliot Dooley.***

82— Mensajeros de la muerte, ***Eric Sorenssen.***

PRÓLOGO

MENSAJE A LOS HOMBRES DEL FUTURO

Yo, Ultramán, eje de la mecánica terrestre, primer autómata mixto en el planeta Tierra, oculto en una zona secreta de la ciudad de Europolis, esta cinta magnetosónica en la que voy a transcribir mis memorias.

Este mensaje es la más seria advertencia que puede hacerse a los hombres del mañana. Porque, por fantástico que parezca, yo soy a la vez HOMBRE y AUTOMATA, criatura y máquina, triste y dolorida carne palpitante y materia mineral e inerte.

De nada han servido las Leyes de la Robótica, que prohibían terminantemente mezclar lo vivo y lo inerte. La ambición ha olvidado esas sagradas normas… y yo soy el ejemplo de este terrible error.

Antes de morir, porque sé que mi destrucción está cerca, así como la de todo el mundo del que he surgido, deseo lanzar este aviso, rogando a los hombres y mujeres que tendrán la oportunidad de conocer un nuevo mundo que escuchen atentamente mi historia y la de los humanos que tomaron parte en la lucha entre dos concepciones distintas y antagónicas.

Yo, Ultramán, os pido que respetéis como merece a la persona humana, que no la comparéis jamás con ninguna clase de mecanismo, por muy perfecto que os parezca, y, sobre todo, que no mezcléis las esencias de lo vivo y de lo muerto.

Dictado telepáticamente en la ciudad de Európolis, en las postrimerías de la Era de la Hegemonía Robótica.

Ultramán, Primer Autómata Mixto

CAPITULO PRIMERO

Los hombres de las Islas de la Paz —así se llamaban las Islas Británicas desde el 2018— miraban con asombro el aparato que se había posado en el aeródromo de Londres.

El asombro y la expectación que se dibujaban en sus rostros eran perfectamente explicables, porque aquella nave del espacio era la primera que había llegado del continente.

Al terminar la tremenda tercera Guerra Mundial que, casualmente, acabó en el 2018, coincidiendo en fecha con la primera, en el siglo anterior, la Humanidad, los pocos seres humanos que quedaron —apenas unos cuantos centenares de millones— huyeron despavoridos de las ciudades en ruinas, de las amplias zonas afectadas por la radioactividad, de la espantosa soledad de un mundo que parecía haber perdido definitivamente la razón.

Los pocos europeos supervivientes escaparon del continente pasando los unos, meridionales, a África; los otros, nórdicos, a las Islas de la Paz.

Durante casi un siglo, exactamente hasta aquel mes de agosto del 2057, los hombres apenas si tuvieron noticias de lo que ocurría en Europa; sabían, eso sí. que una monstruosa civilización estaba naciendo y que un grupo de sabios de distintas nacionalidades, especialmente germanos, estaban creando un nuevo mundo, del que las criaturas humanas estaban totalmente excluidas.

Los pocos pilotos que sobrevolaron la costa continental, más por pura casualidad que por otra cosa, descubrieron nuevas ciudades y cuando, a su regreso a las Islas de la Paz, revelaron las películas que habían tomado, palidecieron al ver que el «gentío» que habían creído observar por las calles de las nuevas urbes no eran más que hombres-mecánicos, robots que vivían y trabajaban a las órdenes de los sabios que los habían creado.

Nada más se sabía de Europa.

Un telón mucho más denso que aquel que se hizo célebre en el siglo XX impidió toda información de aquella extensa parte del mundo que los hombres habían abandonado sin remordimiento.

Algunos pescadores, que tuvieron forzosamente que acostar por causa de algún temporal en las antiguas costas holandesas o belgas,

se vieron expulsados por aquellos hombres mecánicos que «hablaban con voz ronca» y se movían como extrañas criaturas que hacían que los que los vieron sintiesen erizarse sus cabellos.

Por eso cuando el aparato procedente de Europa aterrizó en Londres, un Londres que todavía no había sido totalmente reconstruido, la expectación fue general y muchos millares de seres fueron a ver, con sus propios ojos, aquella nave del espacio que, rompiendo el silencio que había guardado Europa, venía a establecer un misterioso contacto con la tierra en la que trabajaban los pocos hombres que la guerra dejó con vida.

Las autoridades del nuevo Londres, al igual que el último curioso, permanecían en la parte externa de la pista, sin atreverse a dar un paso hacia aquella especie de cohete plateado que acababa de posarse con un espantoso rugido sobre el campo de aterrizaje.

Al lado de los aviones que los hombres consiguieron montar, para emplearlos en el trabajo, la nave europea parecía haber salido de la imaginación de algún genio maléfico.

Tenía cerca de cien metros de longitud y no menos de treinta de diámetro, careciendo por completo de alas y no ofreciendo, en su brillante superficie pulida, ni una sola ventanilla ni nada que se le pareciese.

Tampoco tenía tren de aterrizaje y lo más extraño era que parecía flotar a unos pocos centímetros del suelo donde no tocaba por parte alguna.

Durante unos instantes y cuando aterrizó —si podía llamarse así la misteriosa manera de «posarse» que tuvo— el ruido que brotó de aquel artefacto hizo estremecer de pavor a cuantos se habían atrevido a ir a verlo.

Ninguno de aquellos hombres que se agrupaban curiosamente alrededor de la nave del espacio conocía ninguna clase de arma, pero el recuerdo de lo que habían leído, de lo que sus padres y abuelos les habían transmitido, de aquellos relatos de horror de lo que fue la Tercera Guerra Mundial, les hacía temer, mientras observaban el aparato, que no fuese una gigantesca y descomunal bomba que de un momento a otro estallase reduciendo a la nada la labor pacífica de aquellas décadas…

Nadie conocía a los sabios que dominaban el continente y mucho menos sus intenciones. Además, la Humanidad había guardado un

pésimo recuerdo de los científicos a los que con razón o no se culpaba de las calamidades que la Humanidad había sufrido en el último conflicto armado y que habían costado la vida de miles de millones de seres humanos.

Después de que el rugido interno del aparato cesó, pasaron aún algunos minutos de expectación antes de que de uno de los costados de la astronave surgiese una especie de rampa e, instantes más tarde, se abriese una puerta en un lugar donde nadie hubiese previsto su existencia.

Se hubiese podido oír el volar de una mosca, tan intenso fue el silencio que se hizo entre los espectadores.

Donald Richmond, el gobernador de las Islas de la Paz, que estaba rodeado por las autoridades administrativas y las policíacas a sus órdenes, quiso demostrar a la multitud su valor y avanzó unos pasos hasta situarse al otro lado de la barrera que separaba los terrenos de las pistas. Algunos de los miembros de su gobierno le imitaron, no con demasiado entusiasmo.

Miles de ojos estaban clavados en la misteriosa puerta que se acababa de abrir y miles de corazones latían intensamente en espera de lo que pudiese surgir por aquella abertura de la nave del espacio.

Finalmente…

Un «¡Oh!» de asombro surgió de todas las gargantas.

Recortándose perfectamente sobre la claridad que brotaba de la salida del aparato, una tremenda silueta acababa de aparecer.

El cuerpo brillaba tan intensamente como la superficie del avión. Durante unos segundos, aquella silueta permaneció inmóvil, moviendo, de un lado a otro, su tremenda y cuadrada cabeza; luego, mirando hacia el lugar en que se hallaban las autoridades, descendió por la rampa y empezó a andar hacia ellos.

Solamente entonces, cuando fue acercándose a los hombres, pudieron éstos darse cuenta de lo horroroso de aquella extraña criatura que se movía con una soltura que la hacía parecer, a pesar de todo, como «algo» vivo.

Debía tener cinco metros de alto, por lo menos, y su cuerpo metálico, que brillaba al recibir los rayos del sol, era sencillamente descomunal. Las piernas cilíndricas debían alcanzar un diámetro de más de un metro, cosa que ocurría igualmente con los brazos; y el tórax era tan voluminoso como la masa de un auto corriente. Sobre

el cuello movible, la tremenda cabeza cuadrada, que debía pesar más de una tonelada, estaba en aquellos momentos completamente inmóvil, a pesar del movimiento del cuerpo colosal, y era posible ver la fina y alta antena que brotaba de su parte superior.

En cuanto a la parte posterior de aquella cabeza...

La «cara» estaba compuesta por dos «ojos», grandes como discos de fonógrafo y que lucían intensamente; una «boca», igualmente circular y de gran tamaño, completaba aquella espantosa visión.

Inconscientemente, Donald y sus ayudantes retrocedieron asustados.

Entonces, potente como el sonido de cien megáfonos reunidos, la voz del robot hizo estremecer a cuantos le contemplaban.

—*¡NO TEMAN! ¡NUESTRA MISION ES DE PAZ!*

Vencido el miedo, que hacía castañetear sus dientes, el gobernador y sus ayudantes dejaron de retroceder, esperando que el monstruo mecánico se acercase definitivamente a ellos.

Cuando el robot estuvo a unos diez metros de los hombres, aquél se detuvo, quedándose plantado como una inmensa torre metálica, cuyos brillos eran para muchos espectadores intensamente cegadores.

—¿Qué deseas? —inquirió débilmente Donald haciendo de tripas corazón.

—*VENGO DE PARTE DEL PROFESOR HONTER PARA INVITAR AL PROFESOR TEMPLER. EL PROFESOR HONTER DESEA QUE SU AMIGO VENGA CON NOSOTROS.*

El gobernador miró a sus ayudantes.

—Templer no nos había dicho nada...

Había un franco tono de reproche en la voz de Donald.

Luego, volviéndose hacia el robot, dijo:

—Vamos a avisarle. Puedes esperar aquí, si lo deseas.

Causaba malestar hablar con aquella extraña criatura ante la que era inevitable sentirse afectado por un terrible complejo de inferioridad.

—*¡ESPERAR!* —tronó el hombre mecánico.

Después de ordenar a los jefes de policía que organizasen a sus fuerzas para que ningún curioso atravesara la barrera y molestase al «visitante» o se acercase al aparato, Donald, seguido de sus ayudantes, se dirigió hacia los automóviles que les esperaban a la

salida del aeródromo.

Durante todo el trayecto, hasta el Instituto de Biología, en el que trabajaba Templer, el gobernador no despegó ni una sola vez los labios. Con el entrecejo fruncido y la mirada ausente, Donald parecía profundamente ensimismado.

Al llegar al Instituto, situado al norte de la ciudad, el gobernador descendió del vehículo, formándose inmediatamente la corte de sus ayudantes.

Un ascensor les llevó hasta la novena planta del edificio donde estaban situados los laboratorios de Templer.

Un intenso brillo de curiosidad lucia en las pupilas de los ayudantes que esperaban que la reunión con el sabio tendría mucho de sabrosa. Conocían el carácter, a la vez brusco y franco, de Donald y adivinaban que el gobernador no perdonaría a Templer —al que, sin embargo, apreciaba mucho— el mantener relaciones con los sabios de Europa sin haberlo comunicado al Consejo de las Islas de la Paz.

Por pura precaución y también por temor, ya que se ignoraba absolutamente lo que pasaba al otro lado del canal de la Mancha, el Consejo controlaba detalladamente todo lo que pudiese significar relación entre las islas y la misteriosa Europa.

Los hombres que habían escapado a la tremenda catástrofe bélica deseaban vivir definitivamente en paz y cuidaban celosamente por una tranquilidad que lograron tras sobrehumanos esfuerzos.

Al llegar ante la puerta del laboratorio, Donald se volvió a sus ayudantes:

—Hagan el favor de esperar aquí; en seguida termino.

Ninguno de ellos pudo evitar que una expresión de desencanto apareciera en su rostro. De todas formas, no se atrevieron a decir nada.

Donald Richmond cerró cuidadosamente la puerta del laboratorio tras él. A la primera ojeada, se percató de que tanto Templer como su ayudante, el joven Alex Fhaiter, no se habían dado cuenta de su presencia. Por otra parte, las dilatadas proporciones del laboratorio, en cuyo fondo trabajaban los dos hombres de ciencia, impedían que éstos pudiesen apercibirse de la entrada de alguien.

Alex, al lado de su maestro, observaba atentamente por el ocular de un gigantesco microscopio electrónico. Ambos daban la espalda

al recién llegado.

A Donald le dolía intensamente tener que hablar duramente con Templer, al que apreciaba como a un hermano. La joven Humanidad que había surgido de las ruinas de la Tercera Guerra Mundial debía ya mucho a las estupendas investigaciones de Templer, que había logrado suprimir, en una gran cantidad de casos, los efectos que para la herencia tuvieron las mortíferas radiaciones provocadas por las bombas termonucleares.

Avanzó el gobernador hacia los sabios.

Justamente en aquel momento, Templer, que tomaba unas notas, se volvió. Su rostro se iluminó alegremente, como cada vez que veía al gobernador y jefe del Consejo.

—¿Tú por aquí, Richmond? —inquirió adelantándose para estrechar la mano que el otro le tendía.

Alex abandonó el microscopio electrónico para saludar, igualmente, al personaje.

El ayudante de Templer era un joven en el que la simpatía se unía y emparejaba a una constitución verdaderamente atlética. Campeón en muchas competiciones deportivas, Alex abandonó el deporte para consagrarse a la Biología; pero, de vez en cuando, en sus ratos libres, muy pocos en realidad, el joven corría a los estadios para recordar sus aficiones de siempre.

—Quiero hablar contigo —dijo el gobernador.

—Puedes hacerlo ante Alex; no tengo ningún secreto para él.

Abandonaron el laboratorio y pasaron a una acogedora salita donde tomaron asiento.

Mientras encendía el cigarrillo que el profesor le acababa de entregar, Donald luchaba por encontrar la manera de decir al sabio lo que debía decirle; finalmente, decidiéndose, habló:

—Escucha, John: estoy muy enfadado contigo y habrás de explicar al Consejo una serie de cosas francamente desagradables.

El sabio, estupefacto, miró a su amigo con los ojos muy abiertos.

—Perdona, pero no entiendo ni una sola palabra de lo que me dices. ¿De qué tienes que acusarme?

Richmond lanzó una bocanada de humo azul antes de contestar.

—Ya sabes que de mutuo acuerdo hemos prohibido relacionarnos con los de Europa.

—Sigo sin entender nada.

Fue ahora el gobernador quien expresó el asombro que aquella inesperada respuesta le causaba.

—¿No estás en relaciones con nadie del continente, John?

—No, absolutamente con nadie.

—Entonces soy yo quien no entiende nada.

—Creo que lo mejor será que empieces por el principio. ¿Qué ocurre, Donald?

Richmond lanzó su cigarrillo al aspirador automático que lo desmenuzó en un instante.

—Un aparato, procedente del continente, acaba de llegar. Va pilotado por un robot gigantesco que dice que te invita, en nombre de un tal profesor Hünter, para que vayas al continente.

John había palidecido un poco.

—¿Hünter? ¡Eso es imposible!

—¿Imposible? ¿Por qué?

—Porque Hünter, si es ése del que se trata, *nació en mil novecientos cuatro.* Lo que quiere decir que actualmente, en *dos mil cincuenta y siete,* tiene *ciento cincuenta y tres años...*

—¡Es una locura!

Templer había entornado los ojos y como si hablase consigo mismo monologaba:

—Si mal no recuerdo, Franz Hünter fue uno de los físicos alemanes de más prestigio mundial. Sus estudios sobre la electrónica alcanzaron una popularidad extraordinaria. Pero, francamente, le creía muerto...

—Debe ser otro.

—No. Hünter era soltero y no tenía familia...

—¿Entonces?

—No sé y lo que me extraña es que Hünter me conozca. Al nacer yo, él debía tener noventa y seis años...

—Sin embargo, el robot ha dado tu nombre.

—¿Qué le has dicho?

—Que esperase...

Y después de una breve, pero emocionante pausa.

—¿Qué piensas hacer, Templer?

—Ir, si tú me lo permites.

Guardaron silencio unos minutos más; luego, cuando nadie esperaba que el joven ayudante hablase, éste se ofreció:

—Profesor, ¿por qué no me permite acompañarle?

Templer miró a Alex como si fuese la primera vez que lo veía.

—¿Cómo? ¿Quiere usted acompañarme? ¿Es que no se da cuenta de que puede ser una trampa?

—Es igual. Si usted lo permite, maestro, le acompañaré. En realidad, llevo mucho tiempo preocupado por lo que esté sucediendo al otro lado del canal. Ansío, sinceramente, saber lo que se trama en el continente… Comprenderán ustedes que es vitalmente necesario para nosotros saber a qué atenernos sobre ese delicado asunto.

Donald asintió con la cabeza.

—Alex tiene razón. Confinados en esta parte del mundo, nos hemos confiado demasiado y es posible que un día, más o menos lejano, nos encontremos con una sorpresa, agradable o desagradable. Aferrados a una idea de paz, es posible que hayamos olvidado que otros hombres preparan alguna de las ambiciosas estupideces que han conducido al final de nuestra civilización, o casi… Sí, indudablemente, lo mejor que pueden hacer ambos es ir a Europa y ver cuantas más cosas mejor para que a su regreso puedan informarnos lo más detalladamente posible.

—Está bien —corroboró Templer—. Ya estamos dispuestos. Podemos partir cuando lo deseen.

Después de quitarse las batas de trabajo y ponerse las sencillas chaquetas de piel de gamuza artificial que era el atuendo masculino corriente en las Islas de la Paz, salieron del laboratorio y uniéndose a los ayudantes gubernamentales, que esperaban fuera, hechos ascuas, salieron del edificio, montando en los coches que aceleraron camino del aeródromo.

Cuando los vehículos se detuvieron, junto a la gigantesca pista en la que se había posado el extraño aparato continental, pudieron ver al robot, que no se había movido ni un solo milímetro del lugar en el que había quedado.

—Ahí tienes a tu «ayuda de cámara» —bromeó Richmond.

John y Alex, que habían descendido ya de los coches, miraban atentamente al tremendo hombre mecánico.

—Es una verdadera maravilla —opinó el sabio.

Se aproximaron al monstruo, acompañados por el gobernador, al que seguía la interminable hilera de ayudantes y dignatarios del Consejo.

Imponiendo silencio, Richmond se dirigió hacia el robot, diciendo:

—¡Aquí están los que partirán en tu compañía!

—¿Quién es el otro? —inquirió el gigante de metal.

—Es el profesor Alex Fhaiter, el ayudante del profesor Templer.

—Esperad un momento. He de consultar al amo…

Se miraron los hombres entre sí. A ninguno de ellos, que se consideraban, profundamente democráticos, les agradó aquello de «amo». Pero, en realidad, su atención se concentró en el robot, cuya antena superior brillaba como un diamante. Un susurro continuado rompió el silencio que se había hecho.

Esperaron breves minutos.

—Está bien —dijo el robot—. El joven profesor Fhaiter puede acompañar al otro sabio. El amo lo autoriza…

Donald se acercó a Templer. Una sincera emoción humedecía sus ojos.

—Sé prudente, viejo John, y no hagas locuras… —se volvió a uno de sus ayudantes—: ¡Traiga el aparato para el profesor, Covell!

El aludido entregó una caja minúscula a Templer.

—¿Qué es esto? —inquirió el sabio.

—El más potente aparato de emisión y recepción que ha salido de nuestros laboratorios. Con él podrás comunicarte cada día con nosotros…

La atronadora voz del robot interrumpió entonces, hablando:

—Haga el favor de devolver ese aparato al señor Covell, profesor. Usted no necesita ningún aparato de transmisión. Si es su deseo comunicarse cada día con sus amigos podrá hacerlo libremente.

Sin saber por qué obedecía, el profesor devolvió el aparato al ayudante que acababa de dárselo.

Todos los presentes y los que habían oído la inesperada intervención del robot habían palidecido.

Richmond era el que parecía mayormente afectado por todo aquello.

—¡No vayas a Europa! ¡No vayas, John, te lo ruego!

El profesor movió la cabeza de un lado para otro.

—No seamos niños, querido amigo. No tengas miedo, no nos ocurrirá nada. Te prometo ser excesivamente prudente.

Abrazó al gobernador.

—¡Hasta la vuelta!

Alex estrechó calurosamente las manos que se le tendían. Periodistas y operadores de la televisión actuaban velozmente en derredor al grupo que despedía a los dos hombres.

Los dos científicos se adelantaron.

Entonces el robot, después que las criaturas humanas hubieron pasado a su lado, giró su enorme cuerpo metálico y se puso a andar, lo más despacio que podía, con grotescas zancadas de cerca de seis metros.

Ya en la rampa, Templer y Alex giraron sus cuerpos para hacer un simpático signo de despedida a la masa que se agolpaba, en cantidad increíble, por los alrededores.

Luego, el cuerpo del robot, que penetraba a su vez en el aparato, ocultó definitivamente a los dos humanos.

La rampa se replegó silenciosamente, al tiempo que la puerta desaparecía como por ensalmo, borrándose de la superficie de la carlinga como si no hubiese sido más que el efecto de un espejismo absurdo.

Momentos más tarde, un rugido partía de la cola del aparato; pequeñas llamas azules surgieron de la compacta masa posterior de la fantástica máquina voladora y casi instantáneamente, como un rayo plateado, silbó horriblemente, obligando a los espectadores a taparse aterrorizados los oídos, temiendo que los tímpanos les saltasen en pedazos...

Nada más... La astronave había desaparecido y los que miraban a la pista de aterrizaje se preguntaban si algo de lo que acababa de ocurrir era verdad o todos ellos habían sido víctimas de una alucinación colectiva.

Volvieron la espalda a la pista. Richmond avanzó hacia su coche. Una molesta lágrima humedecía cada párpado. Sin poderlo evitar, una angustia le oprimía fuertemente el pecho.

«No debí dejarles partir —se dijo con reproche—. Jamás volveré a verlos.»

CAPITULO II

Cuando la puerta se cerró tras ellos silenciosamente, los dos hombres de ciencia permanecieron unos instantes mirando con sincera sorpresa cuanto les rodeaba.

La primera cosa que admiraron fueron las colosales dimensiones del aparato volador, cuyo techo, a más de ocho metros del suelo, les pareció sencillamente desmesurado. Fue entonces, al acostumbrarse a la luminosidad verdosa que reinaba en el interior, cuando pudieron distinguir otros cuatro robots, de la misma talla que el que conocían y que parecían especialmente ocupados en los mandos del complejo aparato.

—Hagan el favor de seguirme.

La voz del hombre mecánico parecía más suave en el interior de la aeronave que en descubierto.

Le siguieron.

En la parte delantera de la enorme carlinga y a uno de los lados, unos cuantos cómodos sillones, hechos a la talla humana corriente, ofrecían un rincón acogedor.

—Pueden tomar asiento ahí. Si necesitan alguna cosa, pueden llamarme; mi nombre es Harok.

Alex, que no había experimentado el menor temor desde el principio, se atrevió a inquirir del hombre mecánico:

—¿A dónde nos dirigimos, Harok?

—Vamos a Európolis.

—¿A Európolis? ¿Qué es eso?

—La ciudad más grande del mundo. Allí vive el amo.

Viendo que los humanos no necesitaban nada más de él, Harok se alejó hacia los otros robots.

—¿Qué le parece, profesor?

—Verdaderamente extraordinario. Pero, de todos modos, no creo que sea ésta la última sorpresa que nos espera. No hemos acabado de extrañarnos.

—Eso me parece también a mí. De todas formas, lo que más me admira es lo que dijo usted antes acerca de ese profesor Hünter.

—¿A qué se refiere usted, Fhaiter?

—A su edad.

—Sí; es sumamente raro que un hombre pueda vivir hasta los

153 años. No es que sea imposible, pero es raro. Y lo que puede sorprendernos más es que un hombre de esa edad haya organizado un nuevo mundo...

—¿El mundo de los robots?

—Algo mucho peor, mi querido Alex. Lo mejor es refrenar nuestra natural impaciencia y esperar a que los hechos nos muestren las cosas con claridad...

Harok volvió en aquellos momentos, interrumpiendo la conversación:

—Ya hemos llegado, señores.

—¿Adónde?

—A Európolis.

Alex se volvió hacia el profesor:

—Debe ser una ciudad costera —dijo.

—Se equivoca, profesor Fhaiter; Európolis está situada, aproximadamente, en el antiguo lugar que ocupaba Berlín.

—¡No es posible! Veamos, ¿cuánto hemos tardado en llegar, Harok?

—Ciento doce segundos, exactamente.

—¿Menos de dos minutos de Londres a Berlín?

—Eso es, profesor. Vamos, el amo espera.

La sangre subió a las mejillas de Alex, que cerró los puños.

—¡Oye, Harok, ya estamos hartos de lo de «amo»! ¡Nosotros no tenemos amo alguno!

La respuesta tardó algunos segundos en llegar:

—Todos tenemos al amo; él ordena y nosotros obedecemos. Cuando alguien deja de obedecer, es el final...

Y después de una pausa:

—Vamos, apresúrense...

La puerta y la rampa volvieron a funcionar.

Los dos hombres salieron del aparato esperando encontrarse en un terreno de aviación... ¡Cuál no sería su sorpresa al verse dentro de una estancia, de grandes proporciones, profusamente iluminada, y que ofrecía, justamente frente a ellos, la más esplendorosa escalinata que habían contemplado jamás!

Permanecieron mudos de estupor.

—¡Qué riqueza! —exclamó Templer.

—¡Es fantástico!

—Vamos.

Al acercarse a la escalera, siguiendo al robot, los dos hombres se percataron de que el hombre mecánico se dirigía por el lado derecho en el que los escalones estaban construidos a su talla, mientras, por el izquierdo, la escalera era totalmente metálica y hecha a la medida de los humanos.

Aun avanzando velozmente por medio de un mecanismo de una suavidad maravillosa, pudieron darse cuenta de que el robot no se quedaba atrás y que, gracias a sus enormes zancadas, avanzaba a la misma velocidad que ellos, llegando al mismo tiempo a la parte superior de aquella interminable escalinata.

Una puerta colosal, de cerca de treinta metros de altura, empezó a abrirse en cuanto los humanos pisaron el último escalón.

—Una célula fotoeléctrica —susurró Alex.

—Así es, pero dese cuenta de la fuerza necesaria para mover esa puerta.

En efecto, al pasar las hojas de la puerta, se dieron cuenta del tremendo grosor que poseía, que no debía ser menor de tres metros.

—¿Para qué tanto? —inquirió Alex.

El profesor se encogió de hombros.

—Cuanto más se encuentra un hombre de cara a sus ideas y a sí mismo, más miedo tiene y mejor se guarda de unos peligros que no existen más que en su calenturienta imaginación.

El salón en el que desembocaron era tan tremendo como todo lo que habían visto desde el principio de aquel extraordinario viaje; sin embargo, cuando el robot les señaló una puerta pequeña, por la que nunca hubiese podido penetrar el hombre mecánico, se dieron cuenta de que el final estaba muy cerca.

—Hagan el favor de pasar por esa puerta.

También aquella puerta se abrió cuando se acercaron. Alex se hizo a un lado para permitir que su jefe pasase delante.

Nada más atravesar el umbral, los dos científicos respiraron con cierta tranquilidad. Acostumbrados, desde que habían subido al avión enviado en su busca, a los tamaños descomunales, encontraron en aquella estancia corriente, como la que habitaban en Londres, una sensación de agradable seguridad.

Una joven, de extraordinaria belleza y sobradamente atractiva, les salió al encuentro:

—¡Sean bien venidos a Europolis!

Alex se quedó con la boca abierta. Mientras el profesor se inclinaba graciosamente ante la joven, que no dejaba de mirarle, Fhaiter permaneció inmóvil, azorado, hasta el extremo de que su jefe debió darle un codazo de aviso para que saludase a la muchacha y no cometiese una grave falta de urbanidad.

—El profesor vendrá de un momento a otro. ¿Quieren sentarse?

Luego, cuando hubieron tomado asiento, ella abrió una cajita de plástico alargándola hacia los recién llegados:

—Deben tener apetito, ¿verdad?

Los dos hombres se miraron después de observar atentamente el extraño y desconocido contenido de la caja que estaba repleta de una especie de bolitas de varios colores.

—¡Qué tonta soy! Les ruego que me perdonen; había olvidado por un momento que ustedes siguen comiendo como «antes».

La última palabra llamó poderosamente la atención de Alex.

—¿Como «antes»? ¿Qué quiere usted decir?

—Sí; me refería a cómo se comía antes de la Era Electrónica. Lo recuerdo perfectamente, porque yo también he comido de la misma manera...

Y, viendo la estupefacción pintada en el rostro de sus interlocutores, exclamó:

—Es verdad que no me he presentado: soy la hermana mayor del profesor Hünter, su única hermana.

¡La hermana mayor de Hünter!

Alex tuvo que contenerse para no expresar la sorpresa que acababa de recibir. Pero, por prudencia, no inquirió nada de lo que hubiese deseado saber.

—Siempre creí —dijo Templer— que el profesor no tenía familia.

—Así fue, en efecto —dijo ella—. Mi hermano abandonó muy joven la casa paterna y cuando mis padres murieron ocurrieron ciertos asuntos que nos separaron casi definitiva- j mente; pero, por favor, dejemos esas cosas familiares y díganme cómo viven los hombres de esas Islas de la Paz.

—Como siempre, señorita. Ya sabe todo lo que tuvimos que luchar para organizar una sociedad con los hombres procedentes de muchas naciones, que hablaban y pensaban de muy diferente manera. Afortunadamente, la buena voluntad reinó desde el

principio y el recuerdo de las calamidades pasadas nos ayudó muchísimo para construir un ambiente en el que la paz estuviese definitivamente garantizada.

—¿Son ustedes muchos?

—Unos seis millones.

Iba la muchacha a preguntar algo más cuando la puerta del fondo se abrió dando paso a dos hombres.

El primero, de amplia frente y ojos inquietos, debía tener unos treinta y cinco años. Se movía con jovial armonía e iba vestido con gran sencillez y elegancia.

El otro, bastante más joven, llevaba una bata blanca y poseía una cabellera rojiza y rizada que parecía flamear sobre su cabeza.

La muchacha señaló al primero:

—Mi hermano —presentó—, el profesor Franz Hünter.

Los dos visitantes se habían levantado y estrecharon la mano del sabio. Este, apartándose para que el segundo se adelantase, dijo:

—Mi ayudante, el profesor Wasen Lanzt.

Nuevos apretones de manos.

Cuando todos estuvieron acomodados, Templer, incapaz de contener su impaciencia un instante más, dijo:

—Perdone, profesor, pero desearía hacerle una pregunta, si me lo permite.

—Todas las que desee.

—Perfectamente: ¿es usted el verdadero profesor Hünter? Me refiero, naturalmente, al físico que recibió el premio Nobel en 1958.

Sonrió el otro antes de contestar.

—Así es, amigo mío. Yo soy el Hünter de siempre, el único de mi apellido que haya cultivado la física en el siglo pasado… y en éste. Comprendo que he de darle una explicación y hela aquí: al estallar la Tercera Guerra Mundial yo era un hombre viejo, demasiado para poder seguir trabajando sobre ciertos experimentos que han dado como resultado la creación de una nueva Era humana…

Sin poderlo evitar, Alex se estremeció, no pudiendo evitar el preguntarse si no se hallaba ante un demente sin remedio.

—Yo, en aquel tiempo, no tenía otra perspectiva que la de esperar plácidamente la muerte, y así hubiese ocurrido de no encontrar, por pura casualidad, en aquellos tremendos días, a un antiguo amigo mío: el doctor Krammer, de la Universidad Médica de

Berlín.

»Krammer y yo habíamos trabajado juntos durante varios años, allá por la segunda década del siglo XX. Cuando lo encontré, en uno de los laboratorios-refugio de Berlín, me ocurrió lo que aproximadamente les pasa a ustedes en este momento: ¡no le reconocí!

»Krammer tenía mi misma edad, y cuando aquel imberbe se dirigió familiar y desenfadadamente a mí estuve a punto de enviarle a paseo. Sin embargo, cuando aquel desconocido me recordó cosas íntimas, que solamente Krammer y yo sabíamos, me di cuenta de que no estaba ante ningún osado jovenzuelo, sino ante mi propio amigo.

»Me llevó a su laboratorio particular y me mostró, con un aire de indudable triunfo, su maravilloso descubrimiento. Había encontrado unas sustancias capaces de vivificar fisiológicamente los tejidos humanos, y llamó a tales sustancias plasmas.

»Su generosidad le llevó a procurarme una cura completa, y al cabo de tres meses, tiempo que permanecí constantemente a su lado, me convertí en un joven como él, pleno de agilidad y entusiasmo.

«Trabajamos juntos y así pude aprender el procedimiento para obtener las plasminas, cuya fuente principal era el germen de trigo. Después, Krammer, perdiendo toda prudencia, salió un día del refugio y pereció en uno de los bombardeos atómicos que asolaron la ciudad...

Guardó silencio unos instantes.

—Al acabar la guerra, los pocos que quedábamos en los refugios salimos desdichadamente de muy diferente manera. Tan sólo dos de nosotros tuvimos la precaución de no desposeernos de los trajes que nos protegían de las radiaciones y por eso fuimos los únicos que escapamos con vida de aquella horrorosa catástrofe. Creo que ya habrán comprendido que el otro hombre era el profesor Lantz, mi ayudante, aquí presente...

»Lantz era, en aquel entonces, un hombre viejo y achacoso, aunque era un poco más joven que yo. Le di un tratamiento de plasminas y rejuveneció como me había ocurrido a mí.

»En cuanto a mi hermana, a la que no había visto hacía muchos años, tuve la suerte de encontrarla años más tarde cuando mi gran proyecto, la ciudad de Európolis, estaba siendo construido.

»Eso es todo…

Tanto Templer como su ayudante experimentaban una rara sensación de angustia, cuyo origen les era imposible concretar.

—¿Cómo conocía usted mi existencia, profesor Hünter? —inquirió John.

Franz tornó a sonreír:

—¡Una pregunta que ya esperaba, amigo mío! En efecto, sin querer herir sus sentimientos, yo no había oído hablar nunca de usted porque cuando yo hubiese podido conocerle, por sus trabajos en el campo de la Biología, usted estaba plácidamente recostado en los brazos de su niñera.

La hermana del profesor lanzó una cristalina carcajada.

—En realidad —prosiguió diciendo el sabio—, yo tuve conocimiento de su existencia hace apenas quince años. Fue entonces, si no recuerdo mal, cuando envié los primeros robots-humanos a las Islas de la Paz.

Templer y su ayudante cruzaron una rápida mirada de asombro.

—¿Los robots-humanos? ¿Quiere decirnos de lo que se trata?

—Encantado. Algunos de mis robots, unos cuantos solamente, tienen apariencia humana y fueron ellos a los que lancé sobre las Islas, los que me informaron y me siguen informando de cuanto acontece allá. Así tuve conocimiento de sus estupendos trabajos sobre biología del cerebro y así es como pensé invitarle para que nos visitase.

—Esa era mi próxima pregunta: ¿por qué me ha hecho llamar?

—Porque le necesito. Mis investigadores médicos son incapaces de resolver el más fantástico proyecto que el hombre se ha atrevido a hacer jamás. Por eso le he llamado, profesor Templer.

Se estableció un molesto y penoso silencio.

—Haré todo cuanto pueda por serle de alguna utilidad.

Hünter sonrió encantado.

—Lo esperaba de usted, querido amigo. Yo también sé ser agradecido y sabré recompensarle como merece…

Alex se adelantó entonces:

—¿Me permite una pregunta, profesor Hünter?

—Perfectamente.

—¿Cuántos seres humanos viven con ustedes actualmente?

—Solamente nosotros tres.

—¿Es posible? ¿Nadie, absolutamente nadie más, se salvó de la catástrofe?

—Sí, se salvaron algunos más, pero a éstos no se les puede aplicar la denominación de seres humanos.

Otra vez y con mayor intensidad que la anterior, Alex experimentó una sensación angustiosa que le oprimía el pecho. Por primera vez, desde su llegada, sintió miedo.

—Creo —dijo repentinamente Hünter— que ya ha llegado el momento de hacerles visitar Európolis y de mostrarles sus habitaciones. Hagan el favor de seguirme.

Detrás de la pequeña puerta por la que habían aparecido los dos extraños hombres de ciencia, se hallaba un ascensor sumamente veloz que les condujo a lo alto de una torre metálica de más de un kilómetro de altura. A partir del piso 300, el ascensor atravesó gruesas planchas de acero, de más de ocho metros de espesor.

Una vez arriba y cuando las puertas de la máquina se abrieron silenciosamente, Hünter, que era el único que acompañaba a los otros, ya que su hermana y su ayudante habían quedado en la salita de abajo, se hizo a un lado para permitir que sus invitados saliesen.

Se hallaban en una terraza inmensa, completamente cubierta por una cúpula transparente por completo a la que se acercaron todos.

Desde allí, el espectáculo era ciertamente maravilloso.

Hasta donde la vista llegaba, miles de rascacielos se levantaban por doquier formando en conjunto la más fantástica ciudad que habían contemplado ojos humanos.

Hünter con los ojos brillantes, señaló su obra.

—Ahí tienen el trabajo de estos últimos cincuenta años.

—¿Quién, habita esta enorme ciudad?

—Quinientos millones de robots. Quinientos millones de seres obedientes que trabajan sin descanso, sin exigir nada, sin alimentarse absolutamente de nada. ¿Quién pudo soñar en poseer unos súbditos como los míos? Tres mil ciudades más, algo pequeñas en comparación con Európolis, se extienden por lo que antes era una Europa dividida, porque estaba habitada por seres humanos ambiciosos y malos, exigentes y pretensiosos…

Templer se hallaba profundamente conmovido.

Como a su ayudante, le ocurrió pensar en la finalidad de todo aquello, aunque no se atrevió a formular pregunta alguna.

Alex, por el contrario, sintió una curiosidad irresistible.

—¿Cuántos millones «habitan» la nueva Europa?

—Cinco mil millones. Un número suficiente para apoderarse del resto de la Tierra si eso pudiese proporcionarme la menor alegría.

El joven lanzó una rápida ojeada a Templer, que parecía ensimismado en la contemplación de la inmensa ciudad que se extendía a sus pies.

Se volvió hacia Hünter:

—Pongamos las cartas sobre la mesa, colega. ¿Para qué me ha hecho llamar?

—¿Para qué le he hecho llamar? Es muy sencillo, profesor Templer. Porque, por primera vez en mi vida, desde que he creado este maravilloso mundo… tengo miedo.

—¿Miedo?

—Sí, miedo. Miedo de haber atravesado sin darme cuenta él límite de lo posible…

Y, después de una pausa, añadió:

—Estoy muy preocupado…

Su rostro palideció intensamente. Por primera vez, sus ojos perdieron el orgulloso brillo que poseyeron hasta entonces.

—Vamos —dijo con voz temblorosa—. Van ustedes a ver lo más fantástico que hayan imaginado jamás.

CAPITULO III

El ascensor, después de llevarlos hasta la superficie del suelo, les hundió en las entrañas de la Tierra donde una luminosidad verdosa, en todo semejante a la que habían observado en la nave del espacio que fue a buscarles a Londres, reinaba por doquier. Cuando el aparato se detuvo y salieron los tres, Hünter, que había recobrado nuevamente toda su sangre fría, dijo:

—Estamos a mil metros bajo el suelo de Europolis. Aproveché las instalaciones de los antiguos refugios antiatómicos para ahondar más y colocar aquí los laboratorios de investigación.

Habían empezado a discurrir por un amplio pasillo, cuyas paredes eran completamente transparentes. A su través, los recién llegados fueron viendo enormes salas repletas de complejísimos aparatos que parecían funcionar completamente solos.

Luego, ya casi al final del pasillo, Hünter señaló hacia su izquierda:

—Los laboratorios de Fisiología.

Alex se sorprendió de ver que unas cuantas docenas de seres humanos trabajaban allí y que su atención, fija en lo que estaban haciendo, no les permitió volver la cabeza ni una sola vez.

Acercándose a Templer, le murmuró al oído:

—¿No decía que no había más criaturas humanas que ellos tres?

—No lo sé. Ya veremos más adelante. Guardemos silencio por el momento.

Alex obedeció, alejándose de su jefe.

Entretanto, Hünter había abierto la puerta del fondo y penetraba en lo que sin duda alguna era su laboratorio particular.

El ayudante que había saludado junto a la hermana del sabio se encontraba allí.

—¿Cómo va eso? —inquirió Hünter.

—Igual.

Avanzaron por entre el espacio que dejaban las mesas repletas de aparatos de la más diversa forma y del más desigual tamaño.

Al fondo, una nueva puerta.

El germano se detuvo antes de abrirla.

—Este es mi *santuario*, señores. Detrás de esta puerta se encuentra el más grande de los misterios que la mente humana se ha

planteado.

Cuando aquella fatídica puerta se hubo cerrado a la espalda de los visitantes, éstos vieron, en medio de una inmensa sala, un robot, de unos tres metros de alto y que se diferenciaba de los que conocían hasta entonces por la cabeza, que en el que tenían delante era esférica y translúcida, dejando adivinar la multitud de aparatos que se encerraban tras la capa casi transparente que envolvía aquel extraño cráneo.

El brazo diestro de Hünter se extendió para señalar al hombre mecánico.

—¡Ahí está! —gritó con una emoción que no podía disimular.

Templer y su ayudante se acercaron al robot, contemplándolo con detenimiento. Indudablemente, era lo más perfecto que habían visto jamás, pero ni el uno ni el otro experimentaron una admiración exagerada a la vista de aquello.

Franz se percató perfectamente de la frialdad de sus invitados. Una sonrisa, claramente despectiva, entreabrió sus labios.

—Nada extraordinario por el momento, ¿eh, señores?

Templer le miró fijamente.

—Algo estupendo, en efecto, pero que no justifica, por el momento, su preocupación.

—¿Usted cree?

Se volvió hacia Lantz.

—Haga el favor de acercar el aparato, Wasen.

Arrastró el otro un colosal mueble que rodaba suavemente sobre un juego de bolas de rodamiento completamente silenciosas.

—¿Conoce usted este aparato, profesor Templer?

John se acercó, observando detenidamente los mandos de aquella especie de descomunal mueble negro.

—Es un electroencefalógrafo —dijo.

—¡Bravo! Así es, en efecto: un electroencefalógrafo; es decir, un aparato que sirve, como todos sabemos, para determinar la intensidad eléctrica del cerebro humano. ¿No es así?

—Así es —repuso Templer sin comprender absolutamente nada.

—Muy bien —prosiguió Hünter con su aire de triunfo—. Wasen, haga el favor de colocar el casco sobre la cabeza de Ultramán.

—¿Ultramán? —inquirió Alex.

—Sí, es el nombre que he dado a ese robot. Porque, en realidad,

es algo que está «más allá» del hombre.

Alex volvió a experimentar aquella seguridad que había sentido antes.

«Este hombre está completamente loco», pensó.

Entretanto, Wasen había colocado el casco terminal del aparato sobre la translúcida cabeza del hombre metálico. Del casco, una multitud de cables, que salían reunidos de una de sus partes, terminaban enterrándose en el interior del mueble.

—Pero —balbuceó Templer sin poderse contener—, ¿por qué?

—¿Por qué colocar ese casco sobre la cabeza de una máquina? Eso fue lo que pensé también yo el día que lo hice por vez primera: «¿Cómo te atreves a medir la electricidad del cerebro en una cosa que no lo tiene».

Sonrió levemente.

—Tenga paciencia, profesor Templer; un poco de paciencia nada más...

Y dirigiéndose a su ayudante:

—¡Encendido, Wasen!

Un rumor sordo rasgó el silencio que se había hecho. Al mismo tiempo, una parte del mueble, la anterior, había descendido dejando ver un rodillo de papel que giraba lentamente. Posada sobre el rodillo e inmóvil por el momento, una aguja, impregnada en tinta, describía una línea completamente recta.

Templer y Alex se habían acercado al aparato.

De repente...

La aguja empezó a vibrar, débilmente al principio y con una intensidad creciente después, describiendo una serie de líneas ascendentes y descendentes que formaban un curioso dibujo, como el de una cresta montañosa.

Templer agarró fuertemente el brazo de su joven ayudante:

—¡Esto es imposible, Alex!

Ambos estaban intensamente pálidos.

Triunfante, Hünter se les acercó:

—¿Qué me dicen ahora?

Y, como no obtuviese respuesta alguna de los dos hombres que seguían el movimiento de la aguja como si aquel dibujo les hipnotizase:

—¡Ultramán piensa...! ¡Y si piensa es que tiene voluntad, deseos,

conciencia...! ¡Este robot está vivo!

Templer retrocedió asustado.

—No lo comprendo... —balbuceó—, no lo comprendo...

—¡Detén el aparato, Wasen!

Cuando el silencio tomó nuevamente carta de naturaleza, Hünter, con el entrecejo profundamente fruncido, adujo:

—¿Comprende usted ahora, profesor Templer, por qué le he hecho llamar? Quiero que investigue en el cerebro de esa criatura y que me explique el porqué de su producción de ondas que no se presentan más que en los seres con vida... Quiero que determine qué clase de criatura es esa que tenemos ante nosotros, cuál es su poder y hasta dónde pueden llegar sus posibilidades...

—¿Por qué no la destruye? —inquirió bruscamente Alex.

Con los ojos fuera de las órbitas, Hünter se volvió como una fiera hacia el joven:

—¡Estúpido! No vuelva a decir insensateces semejantes... ¡Perder mi mejor experimento! ¿Es que no se da cuenta de que si Ultramán es capaz de pensar, de obrar, de poseer una voluntad, habré creado una nueva humanidad mucho más perfecta que la otra, a la que pertenecen ustedes? La Tierra se poblará de seres como éste, sin ninguna de las debilidades de los humanos, poderosos e inteligentes como no se puede imaginar. Y cuando hayan conquistado la Tierra, volarán hacia el espacio para apoderarse de todo, ya que para ellos no habrá dificultades en los viajes interplanetarios...

»¡Serán los dueños absolutos del Universo! ¡Y yo, su creador, el amo, dominaré, desde mi vida eterna, gracias a las plasminas, todo lo que ellos, los hermanos de Ultramán, conquisten para mí!

* * *

Una vez en las habitaciones que les habían reservado, se dejaron caer en los cómodos sillones funcionales.

Durante un largo rato, permanecieron en completo silencio, como si intentasen repasar detalladamente los acontecimientos de aquel extraordinario día.

Alex fue el primero en hablar:

—¿Qué piensa usted hacer? —inquirió.

Templer levantó la cabeza; las arrugas llenaban la piel de su

frente:

—No lo sé aún, muchacho. Estoy hecho un mar de confusiones...

El joven le miró fijamente:

—¿Es que no se ha dado cuenta del peligro que significa ese monstruo para los habitantes de las Islas de la Paz y para otros seres humanos que se hayan reunido en otros puntos del Globo para vivir como Dios manda?

El sabio no contestó. Momentos más tarde, y mientras Alex seguía mirándole intensamente, Templer, como si hablase consigo mismo, en voz queda:

—Es fantástico..., el más emocionante y bello problema con el que jamás me tropecé... ¿Cómo puede ser posible que Ultramán posea ondas cerebrales...? ¿Cómo es posible que un aparato, salido de las manos de un hombre, pueda pensar y poseer voluntad?

Alex se dio cuenta de que el viejo profesor estaba completamente ganado por el interés científico del experimento que Hünter le había ofrecido. Indudablemente, el germano había sabido calcular justamente: Templer, movido por su curiosidad, secundaría los tenebrosos planes del «amo».

«¡No puedo contar ya con él, pero tampoco consentiré que Hünter se salga con la suya!»

Se puso en pie.

—Buenas noches, profesor —dijo Templer, hondamente preocupado por sus problemas.

El joven pasó a su habitación y cerró cuidadosamente la puerta que comunicaba ambas estancias.

Estaba dispuesto a entrar en acción con el único objetivo de destruir al monstruo que dormitaba en los sótanos.

Descalzándose, se preparó para salir de su habitación con el mayor sigilo posible. Durante el camino de vuelta, se había fijado en multitud de detalles mientras los dos hombres de ciencia discutían entre sí; y así pudo percatarse de que los alojamientos que les habían destinado no estaban más que dos pisos por encima del laboratorio particular de Hünter.

¿Existiría alguna vigilancia durante la noche?

Antes de abandonar su habitación, Alex buscó por todas partes algo que pudiese servirle de arma, en caso de que necesitase defenderse; pero, por mucho que buscó, no logró hallar

absolutamente nada.

Salió al pasillo…

La misma luminosidad verdosa de siempre se vertía desde las invisibles pantallas de luz indirecta. El silencio era completo y cuando el joven llegó al rellano, junto a la rampa mecánica por la que había ascendido antes, observó, no sin alegría, que las rampas estaban paradas, lo que iba a permitirle descender fácilmente hasta el sótano donde se hallaban los laboratorios del profesor germano.

Inició el descenso, marchando sobre las puntas de los pies desnudos y procurando hacer el menor ruido posible.

«De todas formas —pensó—, esto debe estar repleto de señales misteriosas y ocultas, de células fotoeléctricas y de pantallas de televisión que se pondrán en marcha al menor aviso…»

Le era igual.

Deseaba vencer y el espíritu de lucha que le animaba le hizo sobreponerse a cuantos temores se presentaron en su mente. Cuando se encontró en el piso inferior al que estaban situadas las habitaciones que les destinaron, lanzó un suspiro de satisfacción.

¡La mitad del recorrido estaba vencido!

Se detuvo unos instantes, escuchando con todos los sentidos despiertos: tan sólo los latidos de su corazón llegaron a su oído; el silencio no podía ser más completo.

Empezó a descender la otra rampa, igualmente inmóvil, apoyándose en el muro que estaba frío como si fuese mármol. Poco a poco, sigilosamente, como una sombra, llegó hasta el último sótano, frente al largo y amplio pasillo por el que Hünter les había llevado hasta su fatal descubrimiento.

Fue entonces cuando percibió un rumor lejano, apagado, como si antes de llegar hasta sus oídos tuviese que atravesar el grosor de algunos muros.

Decidido, empezó a adentrarse por el pasillo donde la intensidad de la luz verdosa habla crecido un tanto. Un poco más allá, cuando hubo pasado junto a los salones repletos de aparatos, el rumor que había oído al empezar a andar se hizo mucho más fuerte, más cercano.

Se detuvo…

Indudablemente, se trataba de gente que trabajaba y al recordar las palabras dé Hünter comprendió enseguida que debían ser los

robots que no descansaban jamás para crear aquella ciudad y otras semejantes…

De nuevo avanzó…

Pero esta vez lo hizo más cautelosamente aún, moviéndose suavemente, posando un pie tras otro con un intervalo de silencio en cada paso. Así, centímetro a centímetro, llegó hasta la pared transparente tras la que había visto horas antes los hombres y mujeres que trabajaban arduamente.

Se atrevió a asomarse…

Eran una docena y casi todos estaban vueltos de espaldas.

¿Qué podían estar haciendo aquellas gentes allí? ¿Cómo era que no necesitaban descanso?

Una pregunta atravesó velozmente su mente.

¿Y si aquellos desdichados estuviesen prisioneros?

¡Qué estupendos aliados podía hacerse! Bastaría aliarse con ellos para poder llevar a cabo una acción conjunta y escapar de aquel maldito continente al que nunca debían haber venido.

Al apoyar su mano sobre la pared transparente, se dio cuenta, con un estremecimiento, de que «aquello» cedía fácilmente y antes de que pudiese evitarlo se halló al «otro» lado, «dentro» de la estancia donde trabajaban los humanos.

Contuvo la respiración, esperando que algo imprevisto y malo sucediese; pero, ante su sorpresa, ninguna de aquellas criaturas pareció apercibirse de su presencia.

Dispuesto a todo, Alex avanzó hacia ellos, descubriendo entonces que estaban realizando experimentos sobre unas mesas repletas de complejos aparatos.

Se acercó a un hombre de cabellos grises, que estaba al lado:

—¡Oiga! —susurró.

El otro prosiguió su trabajo sin hacer caso alguno de la llamada. Entonces el joven profesor, cuyos nervios estaban ya a flor de piel, alargó el brazo y sacudió violentamente al viejo, al que había cogido por el hombro:

—¿Es que está usted sordo, buen hombre?

El viejo detuvo su trabajo y se quedó rígidamente erguido. Entonces, cuando volvió el rostro hacia Alex, éste se estremeció de pies a cabeza.

¡Aquella criatura no tenía rostro, y el lugar donde hubiese debido

estar la cara no era más que una chapa brillante en la que dos puntitos rojizos, que debían suplantar a los ojos, lucían intensamente!

Alex sintió que se le erizaban los cabellos...

Ante él, la extraña criatura permanecía inmóvil y el joven recordó aquella fantástica y tétrica leyenda de la «Máscara de Hierro». Como el desdichado aspirante al trono de Francia, aquellos desgraciados parecían, mucho más horriblemente aún, la venganza de un poseso.

Miró a los otros.

Todos habían interrumpido el trabajo y permanecían inmóviles, con aquel alucinante rostro metálico vuelto hacia el joven.

Este, transido de terror, retrocedió lentamente...

Al unísono, como si alguien se lo hubiese ordenado en voz baja, los hombres de rostro metálico se acercaron a Alex. Durante unos segundos el joven investigador permaneció quedo, sin apenas respirar, oyendo solamente el latir de su apresurado corazón.

—¿Qué quieren... ustedes...? —balbució sin esperanza alguna de recibir una respuesta.

Pero, aterrorizándole aún más, el silencio que siguió a su pregunta se desgarró con un sonido espeluznante:

—¡Mátenos...! ¡Mátenos...!

Alex, a pesar de su valor, se sintió desfallecer.

Aquello sobrepasaba todo lo que un hombre pudiese enfrentar. Nada más mirar aquellos rostros metálicos, con aquellos dos puntitos rojizos que hacían parecer a aquellos desgraciados como comparsas de la más trágica mascarada.

—¿Por qué quieren que les mate?

Uno de ellos, el más decidido, se acercó a Alex.

—¡Mátenos! Él nos colocó estas planchas, incrustando en nuestro cerebro una máquina infernal que nos alimenta y que nos empuja a trabajar. El amo transmite órdenes... nosotros obedecemos... Sí, obedecer...

De la misma manera que habían dejado el trabajo volvieron a él.

Alex, definitivamente desesperado y deseando saber la verdad, se acercó a uno de ellos y le tocó la parte posterior de la oreja, percibiendo una sensación de frío que le espantó. Pero, sin detenerse y apoderándose de una aguja con la que aquellas criaturas estaban

trabajando en el interior de los aparatos, clavó aquel punzón en el lóbulo de la oreja, apretando después el frío cartílago.

Una gota de sangre rosada salió al momento.

Ya no podía caberle la menor duda y Alex retrocedió, verdaderamente aterrado, deseando encontrarse cuanto antes lejos de allí.

¡Aquellos hombres de rostro metálico estaban vivos!

Vivos como él, como Templer y como todas las criaturas que, sin poder imaginarse aquellos horrores, vivían plácidamente en las Islas de la Paz.

Se encontró de nuevo y sin saber cómo en el pasillo.

Sin darse cuenta, se apoyó en el muro transparente y, al recordar que aquello no era más que una ilusión, quiso retroceder cuando ya era demasiado tarde, porque aquella pared, por la que había pasado antes con toda facilidad, era ahora tan dura como el cristal de cuarzo y completamente impenetrable.

Se dio entonces cuenta de que aquella súbita transformación se debía, sin ningún género de dudas, a que alguien se había dado cuenta de su presencia, fuera de la habitación donde debía estar descansando a aquellas horas, y que no tardaría en ser cazado...

¿Cómo?

¿Por quién?

Alex echó una nueva ojeada a los hombres de rostro metálico que seguían trabajando como siempre. No, no era de ellos de quien debería temer.

Un breve sonido metálico le hizo volver prestamente la cabeza.

Entonces comprendió...

Tres robots de una especie que no conocía aún, del tamaño normal de los hombres y con la cabeza cuadrada como los gigantes que habían pilotado el avión que los trajo de las Islas de la Paz, se acercaban lentamente a él.

El joven se volvió hacia el fondo del pasillo, dispuesto a esconderse en el propio laboratorio de Hünter.

Pero, sin poder evitarlo, lanzó un grito de rabia.

Otros tres robots avanzaban por allí hacia él, cerrándole definitivamente la salida.

Alex retrocedió despacio...

Iba pensando en la manera de engañar a aquellos hombres

mecánicos que, después de todo, no dejaban de ser máquinas más o menos perfectas.

Pero, como si hubiesen adivinado la trama de sus íntimos pensamientos, los robots formaron una línea compacta, ocupando todo lo ancho del pasillo y cerrándole el paso sin ningún género de dudas.

El joven, recordando sus jornadas deportivas y no deseando caer estúpidamente en las manos de aquellos monstruos, los esperó a pie fírme, dispuesto a derribar a uno de ellos en un empellón brutal.

Se lanzó sobre el que tenía más cerca.

El robot no se movió siquiera y Alex tuvo la sensación de que acababa de chocar contra una locomotora.

Cayó pesadamente al suelo.

Pero cuando las manos metálicas del robot se alargaban hacia él, una estrecha portezuela se abrió a su lado y otras manos, completamente distintas, tiraron de él…

Al despertarse en plena oscuridad Templer se percató de que sus sienes, perladas de un sudor frío, batían intensamente al mismo ritmo que su acelerado corazón.

Sin abrir aún los ojos, el sabio esperó unos instantes, haciendo lo posible por desembarazarse de aquella angustia que le oprimía aparentemente sin causa alguna.

Momentos más tarde se despertaba por completo.

Todavía en su mente las ideas giraban las unas tras las otras sin que su atención pudiese concentrarse especialmente en ninguna. Sirviendo de fondo a su estado de conciencia, la imagen de Ultramán dominaba todo y lo que pudiese haber ocurrido en el interior de aquella extraordinaria máquina le hacía sentirse verdaderamente enfermo…

Nunca, a través de su larga vida científica, que no obstante había estado repleta de experiencias verdaderamente extrañas, habíase encontrado ante un problema tan tremendamente alucinante como el que le planteaba el robot de Hünter.

Era completamente imposible dormir ni descansar mientras el fantasma de Ultramán flotase a su alrededor. El problema que planteaba el monstruo de metal era demasiado horrible para poder descansar hasta haberlo resuelto.

Un extraño e improcedente frío le hizo estremecerse de nuevo.

Luego, dejándola salir de su espíritu, la imagen de su ayudante se le apareció con una nitidez extraordinaria. Se dio cuenta entonces de que, sin percatarse hasta aquel momento, no había hecho más que seguir el juego del germano y que éste, conociendo la impaciencia investigadora que poseía Templer, no había hecho más que excitarla, empujándole a que le ayudase en aquella loca empresa.

Recordó el sabio la actitud de Alex que ocultaba naturalmente una firme repulsa a que se realizaran las experiencias con el maldito robot dotado de vida...

«Le debo excusas», se dijo Templer incorporándose de su lecho.

Se puso la bata que colgaba de una de las perchas y, decidido a tener una conversación con su ayudante, atravesó la puerta que comunicaba su estancia con la de Alex.

Nada más encender la luz de la habitación del joven se dio cuenta de que el lecho no había sido ocupado y de que Alex había desaparecido, como debía haberlo imaginado antes.

Se le heló la sangre en las venas...

Ya no podía caberle la menor duda de que el joven había abandonado su habitación con la sola idea de destruir al monstruo.

Al pensar en todos los peligros, en todas las desagradables y mortales sorpresas que podían haber caído sobre el joven, Templer experimentó una sensación fuertemente desagradable.

¡Qué loco había sido al admitir la invitación de Hünter!

Si hubiese escuchado las palabras sensatas de Donald; el viejo gobernador había intuido todo lo que podía ocurrir.

No le quedaba más remedio que ir en busca de Alex* para ayudarle en lo que fuese.

Decidido, avanzó hacia la puerta de la habitación de su ayudante.

Fue en aquel preciso instante cuando la puerta hacia la que se dirigía se abrió bruscamente, apareciendo en el umbral el propio profesor Hünter que le miró con fijeza.

Hubo un corto silencio que ninguno de ellos osó romper.

—La alarma ha sido dada —dijo el germano.

—¿La alarma? —inquirió Templer como si no entendiese las palabras del otro.

—Sí. Debí imaginarme que su ayudante estaba lo suficientemente

loco para atreverse a abandonar esta habitación…

—¿Dónde está Alex?

Hünter se encogió de hombros.

—¿Y qué sé yo?

—¿Cómo? ¿Que usted no sabe lo que puede haberle ocurrido a mi ayudante?

—Así es.

—¿Quiere burlarse de mí?

—No. He oído la alarma y he venido, lo antes que he podido, para ver si alguno de ustedes había abandonado su cuarto y descendido al último sótano. Solamente al abrir esta puerta me he dado cuenta de que Alex no estaba aquí…

—Pero… —balbuceó Templer—. ¡Hay que hacer algo! ¡Usted puede detener la alarma!

—Hasta cierto punto solamente, mi querido colega…, hasta cierto punto. Comprenderá usted que todo el mecanismo de la ciudad funciona por sí mismo y que todo, absolutamente todo, ha sido previsto ya con anterioridad.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que sobre este asunto de su ayudante, sé tanto como usted.

—¿Entonces?

—Veremos. Tendré que ir a la sala de control y preguntar a los robots de guardia lo que ha pasado; pero temo…

Templer le miró asustado.

—¿Qué es lo que teme, profesor Hünter?

—Llegar demasiado tarde…

—Pero…

El brillo de los ojos de Hünter se hizo acerado.

—Amigo mío; nunca he deseado enemistarme con usted, ya que desea colaborar conmigo y que, francamente, le necesito. Desde que me conoce, y ya hará muy pronto un año que está usted conmigo, ha tenido tiempo de saber que soy leal con mis amigos y mis colaboradores… Solamente uno, el profesor Turoff, que quiso traicionarme… —se quedó pensativo—. ¿Qué hice con Turoff…? ¡Bah, no me acuerdo ahora, pero es igual!

Templer se quedó de piedra.

Una de las frases de Hünter le daba vueltas en la cabeza.

«Hará muy pronto un año que está usted conmigo.»

¿Cómo era posible que una inteligencia como la del germano cometiese un error semejante?

¿Cómo podía haber olvidado que solamente hacía apenas veinticuatro horas que él y su ayudante habían llegado a

Európolis?

—Venga conmigo, amigo mío, y haremos cuanto podamos por su atolondrado y atrevido ayudante. De todas formas, y si le hallamos aún con vida, nos veremos obligados a recluirlo en un lugar seguro...

La cabeza le daba vueltas a Templer.

—Espere un momento...

Se acercó Hünter a uno de los hombres mecánicos:

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió.

—Alguien ha penetrado en los laboratorios de los semihumanos, señor. Luego ha salido y los de la guardia han debido atraparle.

—Pregunta qué ha pasado con él...

El corazón de Templer latió de ansiedad.

La respuesta tardó algunos minutos en llegar hasta el robot:

—Siguen luchando con él.

John fue más rápido en contestar que el propio Hünter:

—¡Que lo dejen libre! —ordenó.

Pero el robot pareció no oír aquellas palabras y el germano, con una sonrisa en los labios, respondió:

—Di que se detengan inmediatamente y que esperen...

El hombre mecánico obedeció prestamente.

Hünter, cuya sonrisa seguía entreabriendo sus delgados labios, se acercó a su colega.

—Vamos, amigo. Ha de saber que solamente las vibraciones características de mi voz pueden impresionar las membranas auditivas de los robots.

—¿Y el día que usted muera?

—¿Cuando yo muera? ¡Está usted loco, mi querido Templer! ¿Morirme yo? ¿Es que no se ha dado cuenta de que soy eterno?

Templer se separó, instintivamente, percatándose definitivamente de que aquel desgraciado había perdido la razón.

—¿Sabe qué provisión tengo de plasmina, Templer? ¡Millones y millones de cápsulas! Lo bastante para vivir joven como estoy ahora durante cientos de siglos. Una sección entera de robots siguen fabricando plasminas y seguirán haciéndolo indefinidamente...

Un ascensor ultrarrápido les condujo a las profundidades de la fantástica ciudad.

Una vez abajo, recorrieron el pasillo a cuyo extremo hallaron los robots detenidos, como estatuas de metal que un loco escultor futurista hubiese concebido.

Hünter se adelantó unos pasos, penetrando entre las dos hileras de hombres mecánicos; luego dijo, volviéndose a Templer:

—Hemos llegado demasiado tarde, profesor.

John se adelantó temblando.

En el suelo, entre los robots, un cuerpo humano destrozado, reducido a papilla y aún empapado en sangre, coagulada ya, era todo lo que quedaba de lo que había sido un hombre.

Las lágrimas acudieron a los ojos del sabio:

—¡Es usted el peor de los locos, Hünter! —gritó.

Acobardado y viendo que Templer estaba dispuesto a golpearle, el germano lanzó una orden a los robots:

—¡Cogedle! ¡Pero no le hagáis daño alguno! ¡Llevadlo al laboratorio!

* * *

—¿Dónde estoy?

Acababa de volver en sí y aún sentía un dolor extendido por todo el cuerpo; luego, antes de que se percatase del lugar donde se encontraba, recordó el formidable choque que había tenido contra uno de los robots y se explicó el magullamiento general que sentía.

Al abrir los ojos, definitivamente, tropezó su mirada con el lindo rostro de la hermana de Hünter que, muy cerca del suyo, le miraba intensamente. Al mismo tiempo, sintió las caricias que ella le hacía al pasar una de sus manos por entre los cabellos de él.

—¿Dónde estoy? —tornó a preguntar.

Ella no respondió en seguida, sino que inclinándose le besó largamente en los labios.

—No te preocupes, querido. Estás a mi lado y no corres ya ningún peligro.

Volvió a besarle sin que él hiciese nada por evitarlo.

—Eres muy valiente, Alex. ¡El hombre más valiente queconocí jamás!

El escapó un poco a la pegajosa actitud de la mujer:

—¿Qué pasó?

Ella sonrió con aire triunfante:

—Los robots de mi hermano iban a destrozarte pero yo que te había vigilado desde que te separaste de mí, sabiendo que intentarías alguna loca hazaña, llegué a tiempo y te salvé. Ya sabes que los hombres mecánicos no obedecen más que a la voz de Franz, pero yo he conseguido imitarla bastante bien y, cuando ya caías sin conocimiento, les ordené detenerse y te llevé a mi habitación.

—Comprendo...

Y, después de una corta pausa, respondió:

—Desearía volver junto al profesor Templer.

Ella le miró con asombro:

—¡No puedes hacerlo, Alex! Ellos creen que has muerto...

—¿Cómo?

—Sí. Desde que llegaste, no habiendo sido especialmente invitado por mi hermano, me percaté de que deseaba deshacerse de ti. Si tú no hubieses salido de tu habitación esta noche, él habría enviado a los robots a buscarte.

—¿Por qué me dejó entonces venir hasta aquí y no se negó, desde el principio, a que nadie acompañase a Templer?

Ella tornó a acariciarle los cabellos:

—Fui yo, Alex. Cuando el robot envió las imágenes de los que iban a venir, por medio del aparato de televisión de que cada robot está provisto, yo insistí y convencí a Franz para que te dejase venir. ¿Lo entiendes ahora?

Alex miró fijamente a aquella extraña mujer.

—¿Por qué me hiciste venir si te imaginabas ya que tu hermano iba a hacer todo lo posible por eliminarme?

—No debías hacerme esa pregunta, querido. Pero, puesto que me la has hecho, voy a contestarte: antes que nada, al verte, comprendí que eras el hombre al que yo esperaba desde siempre. Alex, Europa es, como en tiempos pasados, allá por la Edad Media, un país de castillos terribles, guardados por inimaginables monstruos, y donde una mujer, yo, estoy encerrada desde hace cerca de dos siglos... ¿Te das cuenta de todo lo que ha podido pasar por mi cabeza desde entonces...? Mi vida anterior fue triste, apagada, y la guerra pareció traerme un fin que, francamente hablando, llegué muchas veces a

desear.

«Durante todos esos años, largos como no podrás imaginar jamás, me encontré con la paradoja horrible de ser vieja mentalmente, mientras mi espíritu se rejuvenecía constantemente. Un ansia irresistible de amor se apoderó de mí, pero, al lanzar una ojeada en derredor mío, me encontré solamente con Wasen: un hombre ambicioso, frío, hundido profundamente en los experimentos y tan envenenado por la ciencia como mi propio hermano…

»¡Puedes imaginarte mi alegría al verte dispuesto a acompañar a Templer hasta aquí! ¡Hubiese sido capaz de hacer cualquier barbaridad si Franz se niega a lo que le pedía!

»¡Pero ya estás aquí, amado mío, y eso es lo más importante!

Alex se sentía molesto.

Aunque comprendía perfectamente cuanto acababa de oír, sentía una especie de inevitable respeto hacia aquella mujer que debía haber cumplido ya… ¡CIENTO CINCUENTA AÑOS DE EDAD!

Sin embargo, Prania Hünter, la hermana del «amo», poseía una atractiva belleza que no pudo escapar al joven. Por otra parte, la amistad con la muchacha —de alguna manera había que llamarla— podía serle de una extraordinaria utilidad en las difíciles circunstancias en que Templer y él se hallaban.

No lo pensó dos veces.

Además, el adorable rostro de aquella «abuela», que aparentaba menos de veinticinco años, estaba a su lado, y los bellos ojos azules le miraban con el entusiasmo que hubiese puesto en la mirada una adolescente ante su primer amor.

La situación era en exceso chusca y fantástica. Pero Alex era joven y la mujer que tenía al lado lo parecía mucho más que otras menos complicadas que aquella…

La besó largamente…

CAPITULO IV

Penetró Hünter en la nueva habitación en la que estaba, confinado más que alojado, el profesor Templer.

El británico escribía en un cuaderno con letra minúscula y el recién llegado, al sorprenderle, lanzó una risita breve, que sobresaltó al otro, que no se había dado cuenta de la presencia del germano.

—¿Escribiendo sus memorias, profesor? —inquirió jovialmente.

—No. Tomando notas para informar al Consejo de las Islas de la Paz.

—¡Ah!

—No creo que me lo prohíba, ¿eh?

—¡De ninguna manera! Comprendo perfectamente que la curiosidad de su gobierno se haya despertado con la venida del primer hombre a este lado misterioso del mundo.

—Además, deseaba decirle que en cuanto terminemos las experiencias con el robot deseo volver a las Islas.

—Perfectamente de acuerdo; nunca ha pasado por mi cabeza impedírselo, querido amigo. Muy al contrario, en cuanto terminemos los estudios con Ultramán, pondré una aeronave a su disposición, que le dejará en Londres en pocos segundos. Justamente deseaba decirle que hemos recibido unos cuantos mensajes de su gobierno, insistiendo para recibir noticias suyas, tal y como se les prometió.

—¿Quiere decir, que podré hablar con ellos?

—¡Naturalmente! Si se sirve acompañarme, iremos a lasala de transmisiones, que podrá usar cuantas veces desee...

—Se lo agradezco sinceramente...

—¡Por Dios! ¿Cómo piensa que pueda impedirle que se comunique con los suyos? Aunque, en verdad, me extraña que le llamen tan urgentemente...

—No le entiendo...

—¡Hombre, usted dirá! Hace apenas una hora que ha llegado de Londres y ya desean hablar con usted.

Templer miró fijamente al otro; las bromas de aquel género no le hacían ninguna gracia y estaba dispuesto a decírselo; pero al pensar en la otra frase: *«Lleva ya usted cerca de un año a mi lado»,* guardó profundamente silencio.

Mientras se dirigían a la sala de transmisiones, una inmensa estancia dotada de los medios más modernos de comunicación, Hünter señaló una colosal pantalla de televisión.

—Puede sentarse ahí y pulsar aquel botón rojo. Todo está preparado para que usted entre en comunicación inmediata con Londres.

Alargó Templer el brazo, pero, deteniendo el movimiento bruscamente:

—¿Puedo comunicarles lo ocurrido a Alex?

—¿Alex...? No entiendo.

—Sí, a mi ayudante...

El rostro del germano se ensombreció:

—Yo no he conocido jamás a nadie más que a usted, profesor Templer, y no comprendo en modo alguno de quién está usted hablando.

—Perdone, debo haberme equivocado.

Oprimió el botón, iluminándose súbitamente, la pantalla en la que segundos más tarde se dibujaba la ansiosa figura de Donald:

—¡Gracias a Dios que te veo, John! ¡Estaba ya de un humor tremendo, sin noticias tuyas!

Y después de un silencio breve:

—¿Cómo te encuentras, viejo amigo?

—Ya lo ves, Donald; perfectamente.

—¿Y Alex?

—Bien —repitió velozmente Templer echando, al mismo tiempo, una mirada hacia atrás.

Afortunadamente, Hünter parecía completamente abstraído ante otra pantalla de televisión más pequeña.

—¿Cuándo vais a regresar? —inquirió aún el jefe del

Consejo.

—Muy pronto; dentro de un par de semanas a lo sumo. —Me alegro. Y oye: hazme el favor de no tenerme tanto tiempo sin noticias; si te descuidas, esperas a que nos las diesen vuestros nietos.

Templer sonrió divertido.

—No seas exagerado, Donald, que voy a creer que pierdes la idea del tiempo...

—Tú sí que pareces perderla por completo. Llevamos cerca de ocho meses insistiendo por radio y televisión cada día... John se

estremeció:

—¡Escucha, Donald, por favor, no gastes bromas pesadas! ¿Cómo te atreves a decir que llevas llamando ocho meses si…?

Le dio miedo formular la pregunta, pero se decidió no obstante:

—¿Cuánto tiempo hace que marchamos de ahí, Donald? —No te comprendo, John, pero me alegra que haya pasado el tiempo tan deprisa. Tú y tu ayudante salisteis de Londres… espera, hace exactamente un año menos dos días… Templer tragó saliva con dificultad:

—Está bien, amigo mío. Verdaderamente, tienes razón; el tiempo ha pasado demasiado rápido para mí.

—Francamente me alegro de que estéis bien y de que regreséis pronto. ¡Hasta la vista, John!

—¡Adiós, Donald!

La pantalla se apagó inmediatamente.

Con la frente empapada de un sudor frío, Templer se levantó de su asiento, percatándose de que la cabeza le daba vueltas.

Hünter, que acababa de darse cuenta de que su colega había terminado su comunicación, se volvió hacia él:

—¡Acérquese de prisa, Templer; mire aquí!

John obedeció mansamente.

Pero, al contemplar la pantalla que el germano le señalaba, dio un sincero grito de sorpresa.

Allí, sobre el fondo conocido del laboratorio particular de Hünter, el robot, Ultramán, de pie, andaba lentamente, como un niño pequeño, a pesar de su formidable estatura que alcanzaba los tres metros.

Sus movimientos eran completamente elementales y parecía que, de un momento a otro, iba a desplomarse como esos bebés que empiezan a dar sus primeros pasos.

Templer sintió que la mano de Hünter le apretaba nerviosamente el brazo:

—¿Lo ve usted, amigo mío? ¿Se da cuenta de mi triunfo? A diferencia de los demás robots, Ultramán *vive por sí mismo*…

—¿Qué quiere usted decir?

—Que Ultramán está vivo… Tan vivo como usted y como yo. Los millones de hombres mecánicos que he fabricado no dejan, después de todo, de ser simples máquinas… Todos ellos se mueven, trabajan

y hasta piensan, porque están cargados con energía atómica. La carga que llevan les sirve para ochenta años —sus ojos adquirieron un brillo intenso—. Por el contrario, Ultramán no lleva ninguna clase de energía física... Solamente coloqué en su interior un depósito de cinco millones de cápsulas de plasminas.

John se volvió bruscamente, mirando con horror al germano:

—¿Plasminas? ¿Para qué demonios colocó usted un *alimento humano en el interior de una máquina*?

La frente de Hünter se cubrió de arrugas, al tiempo que su entrecejo se fruncía profundamente. Luego, al cabo de unos segundos de profunda concentración, confesó con voz angustiada:

—No lo recuerdo.

Iba Templer a decir algo, decididamente desagradable, ya que estaba completamente convencido de que su colega había perdido la razón, cuando la atención de éste fue requerida por lo que pasaba en la pantalla de televisión:

—¡Fíjese, Templer! —gritó.

El extraño robot retrocedía lentamente hacia su enorme lecho metálico. Al llegar junto a él, se dejó caer pesadamente, como si acabase de lograr la realización de algo tremendamente fatigoso.

—¡Le falta energía! —gritó Hünter, afectado—. ¡Ordenaré a Wasen que le procure descargas bioeléctricas durante, todo el día y esta noche realizaremos la experiencia final con él! ¡Hablaremos con Ultramán!

* * *

—Esta noche bajarán todos al laboratorio, porque mi hermano espera que Ultramán empiece hoy a vivir.

Alex no dijo nada y terminó de fumar; luego, cuando hubo lanzado el cigarrillo al pulverizador, contestó:

—Escucha, querida: debemos ir preparando la marcha. Me has hablado de un avión que Hünter te regaló. ¿Será posible utilizarlo cuando llegue el momento?

—¡Claro que sí, amor mío! Ya te he dicho que lo difícil es llegar hasta las rampas de lanzamiento; pero, como tú dices muy bien, yo puedo, gracias a la imitación que hago de la voz de Franz, hacer que los robots encargados del lanzamiento lo realicen sin permiso de mi

hermano…

—No es eso todo, cariño; lo más importante es lograr que Templer escape a la vigilancia de ese maníaco.

—¿Es necesario que tu amigo vuelva con nosotros?

—Sí, Prania. Comprenderás que no puedo dejar a John en este manicomio. Las gentes de las Islas de la Paz necesitan muchos hombres como Templer, que ya ha hecho mucho bien a sus semejantes…

—Como tú quieras.

Guardaron silencio y momentos más tarde la muchacha salió para regresar al momento con algunas de las provisiones que cogía para Alex. Ella, como su hermano y Wasen, se alimentaba exclusivamente de bio-estimulantes, tomando, además, tres dosis diarias de plasminas.

Alex comió en silencio.

Saber que aquella misma noche se realizaría el crucial experimento con el monstruo robot le preocupaba por encima de todas las cosas, porque, a pesar de los peligros que había *atravesado, estaba* dispuesto a precipitar los acontecimientos *y salir de* aquel maldito lugar, en compañía del profesor *Templer.*

En cuanto a Prania…

Sonrió al pensar que se había enamorado de aquella mujer que, a su vez, estaba locamente ligada a él. Bien era verdad que al principio, cuando pensaba en la verdadera edad de ella, sentía una especie de repugnancia moral que le impedía ser todo lo cariñoso que hubiese deseado.

Pero, a medida que se acostumbró a su presencia y que conoció los verdaderos sentimientos de la «joven», no pudo por menos de experimentar él los mismos entusiastas afanes que ella sentía por él.

Terminó de comer y encendió un nuevo cigarrillo.

—Escucha, querida. Todavía no me has explicado lo que hiciste para hacer creer a tu hermano que estaba muerto.

Ella sonrió feliz de poder relatar todo lo que hizo para salvar al hombre que amaba.

—Me apoderé de un semihumano y lo lancé a los robots para que Franz creyese que eras tú…

Por primera vez y desde que estaban juntos, Alex la miró con miedo y hasta con terror. Pero, prudente en extremo, no le dijo nada

de aquello.

—¿Cómo nos arreglaremos esta noche, Prania?

—Nos situaremos en una pequeña habitación que hay encima del laboratorio de mi hermano y podremos seguir allí y con toda comodidad el curso de la experiencia.

Y después de un corto silencio:

—¿Cuál es tu plan, Alex querido?

—No lo sé aún. Todo depende de la marcha de la experiencia. Si, como lo imagino, constituye un rotundo fracaso, tendré que dar un pequeño golpe, no muy fuerte, a tu hermano para que tú puedas hacer que los robots nos obedezcan y nos lleven hasta Londres... Cuando Hünter se despierte, ya estaremos lejos de su alcance...

Los ojos de Prania brillaron intensamente.

—¡Me parece estupendo! No puedes imaginarte las ganas que tengo de abandonar este terrible continente...

Pero Alex no la escuchaba y pensando en voz alta:

—Me gustaría saber qué va a hacer Hünter cuando se dé cuenta de que nos hemos burlado de él; es demasiado poderoso para no lanzarse a una locura horrenda que da escalofríos solamente pensar.

—¿A qué te refieres?

—Si tu hermano se enfurece podrá lanzar a todos Sus robots contra las Islas de la Paz y destrozarnos en pocos días Nuestras armas son muy elementales. No hemos querido armarnos demasiado para evitar que la ambición de cualquier gobernante nos lanzase nuevamente a la inevitable aventura de una guerra.

—Entonces...

—No lo sé, Prania, pero seguramente tendremos que llevamos a tu hermano con nosotros. Es nuestra única garantía...

—¿Y Wasen?

—¡Es verdad! No había pensado en él. ¿Lo crees peligroso?

—Tanto o más que Hünter. Le conozco bien. Es tan ambicioso como era Turoff...

—¿Turoff?

—Sí. Era el antiguo ayudante de mi hermano, cuando Wasen estaba relegado a un segundo lugar. Turoff desapareció misteriosamente y nunca he sabido dónde ha ido a parar.

—¿Lo mató Hünter?

—Seguramente. Estuvo a punto de hacerse el dueño absoluto de

todo esto. Por fortuna mi hermano llegó a tiempo para evitarlo.

—Lo comprendo. Creo que no tendremos más remedio que llevarnos a los dos. En Londres puede haber un sitio para encauzarles perfectamente y no dudo que se habituarán a vivir como seres normales.

—¿Y todo esto?

—Funcionará por sí mismo hasta que la energía de los robots se termine. Entonces esta horrible pesadilla habrá terminado y los hombres mecánicos, sin energía para moverse, caerán donde se encuentren, para cubrirse de orín y oxidarse definitivamente… Es el fin más lógico que puede imaginarse para una locura como ésta.

—Creo que tienes razón, querido.

—Dices bien. Durante siglos, la humanidad ha sufrido demasiado por la ambición de unos cuantos. Y la ciencia, el instrumento ciego puesto al servicio de esa ambición, no ha hecho más que mal, un mal irreparable que ha conseguido casi destrozar una civilización. ¡No, Prania! No podemos detenemos ante pequeñas cosas cuando algo tan importante está en juego. Nos llevaremos a tu hermano y a Wasen para que los hombres que sueñan con la paz puedan seguir viviendo en su seno.

CAPITULO V

Los tres hombres penetraron en el laboratorio.

El robot seguía echado en su enorme lecho metálico y el silencio se veía cortado, de vez en cuando, por el rumor que procedía de la máquina que enviaba hacia el hombre mecánico las corrientes bioeléctricas.

Hünter se volvió hacia su ayudante:

—¿Falta mucho?

—Unos diez minutos. Las cargas alcanzarán su punto óptimo en seguida y si Ultramán posee realmente vida, podrá manifestarla en seguida.

—Está bien. Esperaremos.

Se sentaron los tres en sendos sillones, encendiendo Templer su inevitable cigarrillo.

Los minutos le parecieron siglos. Íntimamente deseaba, con toda la fuerza de su corazón, que el experimento terminase para poder exigir a Hünter su regreso a Londres. Ya era bastante haber perdido a Alex y el remordimiento que le producía el haber consentido que el valeroso joven le acompañase le corroía el alma.

Hünter no dejaba de consultar su reloj de pulsera:

—Faltan siete minutos —dijo desgarrando bruscamente el silencio—. Si Ultramán no manifiesta ninguna vida, lo destruiremos rápidamente. ¡Ya empiezo a estar harto de esta experiencia!

Templer deseó ardientemente que tal cosa terminase, pero una extraña intuición que se había apoderado de su espíritu le hizo sentir el miedo y la aprensión de que las cosas resultasen de muy distinta manera.

Clavó su *mirada* en el robot, preguntándose cómo habría construido Hünter aquel horrible monstruo y que justificaba la inclusión de la tremenda carga de plasmina que había puesto en su interior.

Sintió un involuntario escalofrío que le recorrió la espalda.

La voz del germano sonó a su lado:

—Faltan tres minutos.

El susurro de las corrientes bioeléctricas continuaba de vez en cuando. Fuera de aquel sonido, tan sólo la respiración agitada de los tres hombres se oía en el recinto del laboratorio.

—¡Dos minutos!

Wasen se acercó a los mandos eléctricos para cortar la corriente a su debido tiempo. El robot había recibido una cantidad de energía considerable, pero seguía sin manifestar ansia de movimiento alguno.

—¡Un minuto!

Con los ojos fijos en la esfera de su reloj, Hünter tenía el aspecto de un Fausto moderno.

—¡Treinta segundos!

Templer lanzó un suspiro. Se daba cuenta de que todo dependía de lo que pasase en tan breve espacio de tiempo.

—¡Veinte segundos!

La emoción sobrecogió a John. Hubiese deseado que Alex se encontrase a su lado, ya que poseía una confianza casi ilimitada en su joven ayudante.

—¡Diez segundos!

Diez segundos, diez latidos de su corazón y todo empezaría o acabaría.

—¡Seis!

La corriente zumbaba intensamente en aquellos momentos.

—¡Cuatro!

¿Sería posible que aquella máquina, que había respondido a las fantásticas pruebas del electro-encefalógrafo, pudiese estar realmente viva?

—¡Dos!

La voz se había ahogado un tanto en la garganta de

Hünter:

—¡Uno!

Y casi en seguida:

—¡Corta la corriente, Wasen!

El chasquido del interruptor, el silencio y…

Lentamente, muy lentamente, como una imagen cinematográfica tomada con cámara lenta, el robot fue incorporándose…

Los tres hombres apenas se atrevían a respirar.

Ultramán estaba ya en pie y permaneció así unos segundos, moviendo la cabeza de un lado para otro…

Luego…

Ya era demasiado tarde, tan rápidos fueron sus movimientos para

evitarlo.

Sus enormes manos metálicas se fueron directamente a la cintura de Hünter, al que levantó del suelo como si se tratase de una paja. Una vez que lo tuvo ante lo que hubiese podido llamarse rostro, el robot, por vez primera, empezó a hablar:

—¿No me conoces, Hünter?

El sabio se debatió inútilmente entre las colosales y férreas manos del monstruo:

—¡Déjame! ¡Déjame! ¡Yo te lo ordeno, yo soy el amo!

Una carcajada tan siniestra como estridente resonó en el ámbito del laboratorio:

—¿Tú el amo? ¡Soy yo el amo, Hünter! ¡Soy yo el amo absoluto, el dueño del universo, porque mi poder es ilimitado!

—¡Suéltame— lloriqueó el germano.

—No. Vas a morir, imbécil, porque éste es mi deseo.

Los brazos metálicos hicieron que Franz se alzase aún más, hasta colocárselo sobre la cabeza; luego, con un pequeño esfuerzo, lo lanzó contra el colosal electroencefalógrafo.

Después de describir una trágica parábola en el espacio el infortunado germano se estrelló contra el aparato, cayendo de él y quedando tendido en el suelo como un muñeco desarticulado. Luego, el robot se volvió a los otros dos hombres:

—¡Caramba, si es Wasen!

—Yo… —balbuceó el ayudante de Hünter palideciendo intensamente.

—¡Tú, sí, especie de asquerosa araña! ¿Crees que vas a escapar a mi venganza?

Wasen retrocedió vivamente hasta que su espalda chocó contra una de las paredes.

—¡Yo no fui! ¡Yo no tuve culpa alguna!

Ultramán lanzó una nueva y estridente carcajada:

—¿Me has conocido, eh? Tú no estás tan loco como Hünter: eres muy listo, pero no va servirte de nada…

—¡Perdóname, por favor! ¡Yo no intervine en nada! ¡Claro que te he conocido, Ultramán! ¡Tú eres…!

Las manos de hierro cayeron brutalmente sobre la cabeza de Wasen, reduciéndola a una masa sanguinolenta.

—¡Estúpido! —lanzó el robot.

Volviéndose entonces a Templer:

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?

El sabio británico había conservado la serenidad.

—Me llamó Hünter para estudiar tu caso. Vine de las Islas de la Paz.

-¿Solo?

—No, con mi ayudante, el joven profesor Fhaiter.

—¿Dónde está?

—Ha muerto. Lo mataron los robots cuando intentaba destruirte.

El robot permaneció unos instantes en silencio; luego bruscamente, lanzó una de sus demoníacas carcajadas:

—Lo comprendo y acaso hubiese sido mejor para todos el que tu ayudante me hubiese destruido. Indudablemente, era el más listo de todos vosotros. Ahora ya es demasiado tarde, puesto que, como esos dos canallas, vas a morir…

Un grito de rabia sonó en la parte alta del laboratorio.

Sin embargo, para nada sirvió aquel aviso, puesto que las manos de Ultramán destrozaron completamente el rostro de Templer antes de que éste pudiese hacer el menor movimiento de defensa.

* * *

Alex golpeó furiosamente el suelo, donde estaba la pequeña abertura por la que había seguido el curso de los acontecimientos, con una rabia que explicaba su desesperado esfuerzo por correr en ayuda del desdichado John Templer.

Nada le importaba la muerte de los otros, ya que eran directamente culpables de cuanto les ocurriese, pero Templer no había tenido nada que ver con aquel monstruoso robot y su muerte cegó completamente a Alex.

—¡Lo destrozaré! —rugió.

Prania lloraba a su lado:

—¡Vámonos, querido! Desgraciadamente nada podemos hacer por ellos y ahora tenemos la única ocasión de huir cuanto antes.

Tardó bastante el joven en comprender la cordura de las palabras de Prania.

Volvió a apretar los puños, en signo de impotencia, y volviéndose hacia la muchacha, contestó:

—Tienes razón. Cuanto antes nos alejemos de estos parajes, mejor será para nosotros. Si no se tratase de una ciega máquina, no me marcharía hasta destrozar al asesino de Templer.

Salieron de la estancia, dirigiéndose hacia la parte alta de

Európolis.

—Voy a ordenar a los robots que preparen el aparato; podemos ya ir hacia las pistas de lanzamiento.

Momentos más tarde tropezaban ya con los primeros hombres mecánicos establecidos en centinelas.

—¡Dejad paso! —ordenó Prania imitando maravillosamente la voz de su difunto hermano.

Los robots se hicieron a un lado y las puertas, dotadas todas ellas de mecanismos fotoeléctricos, se fueron abriendo ante los dos.

De igual manera, los servicios de los ascensores y los vigilantes que fueron hallando en el camino, obedecieron prestamente las órdenes que la muchacha les dictaba.

Una vez en el ala izquierda del fantástico edificio que Hünter había hecho construir para él, desembocaron en una galería, que más parecía un túnel, y en cuyo fondo se hallaban las pistas de lanzamiento desde donde eran proyectados los aparatos voladores.

Al volver la cabeza hacia atrás, Alex lanzó una ojeada al espantoso edificio cuya brillante cúpula parecía confundirse y penetrar en el cielo. Toda la osadía de una moderna Babel se presentó al espíritu del joven.

«Nada de esto terminará bien», se dijo.

Siguieron avanzando hasta penetrar, finalmente, en los modernos hangares donde estaban las plataformas de lanzamiento.

El corazón de Alex se puso a latir con fuerza a la vista de los maravillosos aparatos allí dispuestos.

—¡Ha llegado la hora! —exclamó en voz alta.

—Sí, amor mío, ha llegado la hora de abandonar todo esto y llegar a un lugar donde podamos ser felices para siempre…

El joven se detuvo mirándola fijamente:

—¿Qué llevas ahí? —inquirió, señalando el pequeño maletín del que ella no se había separado ni un solo instante.

—Plasminas.

—Está bien, pero ya sabes, Prania, que jamás probaré esa maldita sustancia. Envejeceré normalmente…

Hubo una luz de reproche en los bellos ojos de la mujer:

—A veces eres tremendamente duro, amor mío. ¿Por qué me dices esas cosas? Ya sabes que si llevo esto conmigo es por estar siempre joven y atractiva… solamente para ti. No creo hacer mal alguno, ya que cualquier mujer del mundo haría lo mismo.

—Tienes razón, perdona…

Habían llegado junto a los robots-pilotos:

—Ordénales que preparen inmediatamente el aparato. Ya no aguanto más.

Ella se volvió hacia el que tenía más cerca:

—¡Preparad el aparato más rápido!

La voz del robot, que pertenecía al grupo de los gigantes, se dejó oír unos segundos después:

—¡A tus órdenes, amo!

Se dirigió a otros y ya en grupo se acercaron al aparato. Luego, inesperadamente, permanecieron inmóviles.

—¿Qué les ocurre? —inquirió Alex.

—No sé, aunque es posible que se les haya acabado la energía. Espera, me acercaré a estos otros…

Tres robots, igualmente gigantes, estaban junto a otro aparato:

—¡Id a preparar un aparato en seguida! ¡Vuestro amo lo ordena!

—Tú —fue la inesperada repuesta— no eres nuestro amo; él es Ultramán, el poderoso.

Alex y la joven retrocedieron aterrados:

—¡Se ha hecho el dueño de los robots! —exclamó ella—. ¡Estamos perdidos!

—Así es —dijo una potente voz a sus espaldas.

Se volvieron.

Ultramán estaba ante ellos…

Un silencio profundo cayó sobre la galería. Los dos jóvenes había retrocedido hasta el fondo, hasta que sintieron en sus espaldas la presión tranquilizadora de la pared.

El robot no se había movido de su sitio.

—Nadie puede escapar de las manos del nuevo amo —dijo—. Al menos sin su permiso… pero no temas: tengo proyectos muy buenos para vosotros y nada os ocurrirá.

Se volvió hacia los otros robots.

—¡Coged al hombre!

Prania, movida por un impulso mucho más fuerte que ella, dijo:

—¡Si has de hacerle algún mal, horrible monstruo, condéname a la misma pena; quiero morir con él!

Ultramán lanzó una poderosa carcajada:

—¡Muy romántico! ¡Cuanto más romántico, mejor! ¿Os extraña que pueda darme cuenta de los estúpidos sentimientos que os atraen el uno hacia el otro, eh?

Su voz había tomado un tono normal y ya no gritaba como los hombres-mecánicos.

—No tengas miedo, Prania. Nada ocurrirá a tu bello ama- do y si sigue mis instrucciones como conviene, os dejaré completamente libres de amaros hasta la muerte.

Miró a Alex, al que sostenían fuertemente dos robots gigantes:

—Supongo que serás el llorado ayudante de Templer y que esta mujer supo salvarte en el último momento... No puedes imaginarte lo que te lo agradezco, Prania. Puedes regresar a tu alojamiento y circular libremente por donde desees.

—¿Y él?

—Volverá a tu lado mañana por la mañana y te prometo que regresará sano y salvo.

Ella dudó unos instantes antes de decir con voz emocionada:

—Gracias.

Pero lo dijo tan en voz baja que nadie pudo oírle. Por otra parte, los robots se alejaban con Alex y Ultramán marchaba lentamente tras ellos.

* * *

Cuando Alex, al que habían custodiado los gigantes mecánicos hasta la entrada del edificio, siendo allí tomado en manos de los robots de talla corriente, penetró en el pasillo en el que tantas aventuras le habían acontecido, no pudo evitar un estremecimiento.

Más que el gigantesco laboratorio de Hünter, temía a las salas situadas a la derecha y en las que penetró aquella noche para conocer uno de los detalles más espeluznantes de Europolis.

¡Los robots humanos!

Precisamente, los hombres mecánicos que le conducían penetraron en aquel extraño laboratorio y después de atravesarlo,

sin que los desdichados de rostro metálico les hiciesen el menor caso, hicieron entrar al joven en una habitación reducida que cerraron dejándolo solo.

Una vez libre, Alex examinó cuidadosamente su situación, llegando a la conclusión de que se le iba a proponer algún pacto que en principio no deseaba aceptar.

Pero cuando pasaron las horas y nadie acudió, empezó a preocuparse de que el monstruo tuviese proyectos más complicados en relación con él.

Desdichadamente, no se equivocaba...

Una sensación de sopor le embargó un poco más tarde. Al principio no le dio importancia alguna; pero cuando se percató de que aquel sueño que le invadía no tenía nada de natural, se dio cuenta de que le estaban administrando, en contra de su voluntad, algún poderoso narcótico.

Sin embargo, no sentía olor extraño alguno.

¿Cuántos descubrimientos maravillosos de la ciencia no estarían encerrados en aquella fabulosa ciudad de Európolis?

Estaba completamente seguro de que Hünter, de la misma manera que había logrado tan incomparable perfección en el campo de la electrónica, poseería inventos fantásticos, habiendo realizado una verdadera revolución científica en muchos campos de la técnica y de la investigación.

Las plasminas y aquel gas inodoro que le adormecía tan rápidamente no eran más que otras tantas pruebas del avance logrado por el fallecido genio.

Dejó de hilar sus pensamientos porque las ideas empezaron a oscilar blandamente en su cerebro. Haciendo un poderoso esfuerzo, intentó moverse, sorprendiéndose no poco al comprobar que ya no era dueño de sus miembros. A pesar de todo, aquella vertical caída hacia la inconsciencia que experimentaba no le causaba la más pequeña sensación de desagrado, sino que, por el contrario, gozaba de una estupenda lucidez y consciencia hasta el final.

«Una sustancia así —fue su último pensamiento— resolverá definitivamente el problema de las anestesias para las operaciones quirúrgicas.»

No cayó brutalmente, ni mucho menos. Movido por un instinto que en realidad ya no le pertenecía, reculó hasta apoyarse en la

pared y luego, lenta y suavemente, se deslizó por el muro, quedándose primeramente sentado y echándose luego dulcemente.

La puerta de la celda se abrió en aquel preciso instante y un robot penetró, deteniéndose unos instantes ante el humano; luego, como si acabase de recibir un largo mensaje, que su cerebro electrónico estuviese «digiriendo», permaneció inmóvil, apoderándose más tarde del cuerpo de Alex, que trasladó al cercano laboratorio, donde trabajaban los hombres de rostro metálico.

Una de las mesas estaba ya preparada y en ella posó el robot su humana e inconsciente carga; luego, cuando el hombre mecánico se alejó de allí, tres de los rostros de metal se pusieron a trabajar incesantemente alrededor de Alex, en medio de un profundo silencio.

CAPITULO VI

Prania lloraba desconsolada, con la cabeza de Alex entre sus manos.

Las lágrimas de la bella muchacha empapaban ya el almohadón sobre el que reposaba la cabeza del sabio y el rostro de éste tenía también inequívocas huellas del llanto de la joven.

—¿Por qué me dices eso, querido? —repitió ella histéricamente por undécima vez.

—Tengo que ir yo primero, cariño, y no debes preocuparte porque regresaré en seguida para no volver a separarme de ti.

—Pero...

—Déjame terminar, Prania; mis proyectos son estupendos y hemos de agradecer a Ultramán, el amo poderoso, que me haya designado para una misión en la que le demostraré plenamente la lealtad y devoción que le tengo...

—Pero...

—No me interrumpas, tontuela. Todo se arreglará, te lo aseguro, y gozaremos de un amor como el que ninguna pareja humana logró ni se atrevió a soñar. A mi regreso de las Islas de la Paz tomaré, en tu compañía, las dosis necesarias de plasminas para poder vivir en esa maravillosa juventud tuya...

Ella seguía llorando sin poderse decir si era dichosa o desgraciada, ya que las palabras del hombre amado la colmaban de dicha, a veces, o la hundían en una angustiosa desesperación, cuyo origen ni se atrevía a pensar siquiera.

—¡Será como tú quieras, Alex!

—Así me gusta, cariño. Tú no puedes imaginarte hasta dónde llega mi alegría al haber logrado todo lo que he conseguido. Aquí, lejos de los ojos de otros hombres, podré estar seguro, completamente seguro de tu amor, de tu cari...

Ella posó una de sus manos sobre los labios del joven:

—No quiero oírte jamás decir eso, Alex —le reprochó dulcemente—. Iré donde quieras y como quieras, pero no me hables así. —Lanzó un profundo suspiro—: De todas formas, has de comprender mi extrañeza al verte tan cambiado. —Clavó su inteligente mirada en los ojos del hombre—. ¿Estás seguro de que no han hecho nada contigo?

Él sonrió francamente:

—¡Qué boba eres, cariño! Ya te he dicho, no sé cuántas veces, que desde que me separé de ti, en los túneles de lanzamiento, no he hecho otra cosa más que charlar, amistosamente, con Ultramán... ¡Es sencillamente extraordinario!

—Ya lo sé. Pero, ¿por qué no me dices lo que vas a hacer en las Islas de la Paz?

—Es una misión secreta, amor mío, y he prometido solemnemente no decir nada a nadie; sin embargo, y sin quebrantar la palabra que he dado, puedo anunciarte que no se trata de nada violento, sino todo lo contrario, y que mi misión no me detendrá más de dos días allí. No es necesario que agregue que cada segundo que estaré lejos de ti me parecerá una eternidad...

—Ya lo sé. También a mí me parecerá infinitamente larga tu ausencia, por poco que dure.

La pantalla de televisión de que estaba dotado el cuarto de Prania se iluminó bruscamente, apareciendo en su recuadro el rostro transparente de Ultramán.

Muy a pesar suyo, y por encima de las seguridades que Alex le había dado, la muchacha no pudo reprimir un gesto de repugnancia al contemplar aquella monstruosa y artificial cabeza sobre la que planeaban las largas antenas.

—Buenas noches, amigos —saludó el robot.

Alex se había puesto inmediatamente de pie y, acercándose a la pantalla:

—¡Se te saluda, amo del Universo! ¿Qué quieres de nosotros?

—Debes prepararte, amigo mío. Tu avión te espera.

—¡Voy inmediatamente! Permíteme que me despida de Prania y dentro de un par de minutos estaré en la galería de lanzamiento.

—Pronto estarás de vuelta y entonces gozarás, como ningún hombre, del poder que te otorgaré.

Borrose la imagen del monstruo mecánico y la muchacha se lanzó a los brazos de su amado:

—¡Sé prudente, Alex!

—No te preocupes, querida, y no te impacientes; antes de que te des cuenta, ya estaré de regreso.

* * *

El repiqueteo insistente del teléfono cortó, en plena frase vehemente, el brillante discurso que estaba pronunciando Donald Richmond.

Sus entusiastas palabras estaban perfectamente de acuerdo con el espíritu de la reunión y el tema que se trataba. Después de más de diez años de trabajos incesantes, los agricultores de las Islas de la Paz habían logrado no solamente limpiar sus campos de toda radiactividad residual, que quedaba aún de la guerra, sino que consiguieron desarrollar de tal manera las cosechas, que en aquellos momentos era posible celebrar la más abundante producción que se había logrado desde hacía muchos años… siglos.

Los silos estaban repletos de cereales y los depósitos archillenos de todos los productos que se habían obtenido. Después de siglos de racionamientos, ya que los gérmenes de los vegetales estaban dañados por las bombas nucleares lanzadas durante el tremendo conflicto, llegaba, por fin, la época de la abundancia que coronaba los trabajos de aquellos hombres honrados que mantenían viva la llama de una civilización que no podía morir más que con ellos mismos.

Así la última frase que Donald pudo pronunciar, hasta que el teléfono sonó, está impregnada de una alegría implícita en cada sílaba:

«Hoy podemos sonreír, porque Dios proporciona gozo al que suda para ganar su sustento. Jamás caímos en el craso error de considerar el “ganarás el pan con e1 sudor de tu frente” como una maldición del Cielo; por el contrario, nunca nos parece haber oído palabras tan bellas, porque ¡ay de aquél que se deje caer por el precipicio del ocio! Si hay algo que merece el desprecio de los hombres, si algo existe que se condene por sí mismo, como la peor de las lacras, es el descabellado propósito que en algunos hombres se ha producido y que les enfocó hacia el no hacer nada. Y al no hacer nada, al no darse cuenta de la fuente de placer íntimo que se oculta tras el trabajo, se condenaron en la nada, porque ni supieron hacer el menor esfuerzo ni para su propia salvación. Yo os digo que…»

Fue entonces cuando el teléfono le interrumpió inesperadamente.

A pesar de ver cortada la frase, Donald, hombre paciente y

consciente, sonrió a su auditorio.

Estaba seguro de que aquella llamada escondía alguna cosa importante, ya que había ordenado que no se le interrumpiera si no se trataba de algo fundamentalmente capital.

—Perdonad un momento —dijo.

Separando las manos de la barra del estrado en la que se apoyaba, se acercó a la mesa, en la que el teléfono seguía sonando.

—Diga.

Escuchó atentamente y su rostro pasó de lo sombrío a lo sonriente, gesto y mímica que fue imitado inconscientemente por todos los presentes. Luego, colgando triunfalmente el aparato y volviendo a la estrada:

—Señores, hoy es un día fausto y una nueva alegría ciudadana viene a agregarse a las que celebrábamos: me acaban de comunicar que un aparato procedente de Europa acaba de aterrizar en una de nuestras pistas y que Alexis Fhaiter, el joven ayudante del profesor Templer, se dirige hacia aquí, ya que, según parece, desea hablarnos. Es posible que sepamos ahora si la paz de que disfrutamos está igualmente garantizada desde fuera.

Hubo una agitación extraordinaria e impregnada de simpatía. Los unos empezaron a charlar animadamente con los otros, haciendo cábalas, aventurando opiniones y previendo las cosas que el recién llegado podría contarles o proponerles.

Era natural la expectación que provocaba la llegada de Alex, ya que, además de la falta de noticias, la preocupación por las cosas del próximo continente no hacía más que aumentar.

A la llegada del joven y cuando éste atravesó el largo y alfombrado pasillo que conducía a la estrada, una ovación entusiasta le acompañó durante todo el trayecto.

Donald le esperaba en la tribuna y, saltándose todo 1o que hubiera impuesto un absurdo protocolo, le abrazó efusivamente:

—¡Bien venido, amigo nuestro! ¡Bien venido a este país que se honra al tener hijos como el profesor Templer y usted

—Muchas gracias, señor. Pero, ante todo, permítanme comunicarles que mi maestro, el profesor Templer, ha muerto

Pareció como si una tremenda ducha fría hubiese caído sobre los asistentes a aquella reunión que tan alegremente había empezado.

Hubo un largo silencio.

Luego, Richmond, que se había vuelto de espaldas para que sus compañeros no viesen cómo se secaba una furtiva lágrima que no pudo contener, se volvió nuevamente hacia e joven.

—Lamentamos todos la pérdida de un hombre de la talla de Templer y esperamos que haya muerto en paz. ¿Qué otras nuevas trae usted de Europa, señor Fhaiter?

El tono de su voz se había endurecido un tanto.

Alex, sin hacer caso de la presencia del jefe del Consejo se dirigió directamente hacia los asistentes que ocupaban los escaños de la sala:

—Me envía —empezó a decir— Ultramán, el amo de Universo.

»Ya sé que una denominación de ese género puede extrañaros; pero os aseguro que no debéis temer nada porque todo ha sido previsto.

»Iniciando sus gloriosas conquistas, Ultramán va a empezar por apoderarse de las Islas de la Paz y, naturalmente, espera que el pueblo de este país se someta sin lucha, ya que él desea, en lo posible, evitar derramamiento de sangre…

—¿Y qué será de nosotros? —inquirió una voz que surgió de los escaños—. ¿Qué desea hacer ese que has citado con el pueblo de las Islas de la Paz?

—Formaréis parte del gran Imperio Universal dirigido por Ultramán. La misión de los hombres de estas islas, de los más inteligentes y dispuestos de entre ellos, será la de trabajar en los maravillosos laboratorios de Európolis, la más gigantesca ciudad del mundo… ¡Colaborar en la magna empresa de la conquista del Universo será para nosotros el más alto honor, y debemos, por lo mismo, estar infinitamente agradecidos al amo, cuyo ilimitado poder será la mejor garantía que poseamos…!

Los delegados se miraron los unos a los otros, con la extrañeza pintada en los rostros.

—¿Cómo es posible —inquirió uno de ellos— que tú, Alex Fhaiter, que has nacido y te has criado entre nosotros, no sientas repugnancia al rendir pleitesía a un ser al que llamas amo? ¿Quién es ese amo, exactamente?

—Un robot.

Algunos asistentes, sin poderlo evitar, lanzaron unas carcajadas que tenían más de nerviosas que de sinceras.

El que había hablado y que seguía en pie:
—¿No crees, Alex, que la broma ha durado bastante?
Los ojos del joven se clavaron fijamente en él:
—Templer murió en las manos de Ultramán, como les ocurrirá a todos los que intenten oponerse a su fantástico poder. ¡Yo os lo advierto, pueblo de las Islas de la Paz! Si no os inclináis ante Ultramán, su ejército, formado por millones de robots, asolará estas tierras y no dejará piedra sobre piedra…
—¡Nos está amenazando!
—¡Es un traidor!
—¡Debes contestarle, Richmond!
El viejo jefe del Consejo extendió las manos para reclamar silencio:
—Creo —empezó a decir— que debemos calmar los nervios, porque nada bueno obtendremos acalorándonos de este modo. No somos niños para empezar a gritar y a desesperarnos por algo que no comprendemos aún bien. Lo mejor es que desalojemos la sala y que me dejéis con Alex. Cuando me haya formado una idea exacta de lo que ese Ultramán desea, cuando haya ahondado en sus propósitos, entonces solamente podremos reunimos para disponer lo que debemos hacer. ¿No os parece?
—¡Bravo!
—¡Haremos lo que digas, Richmond!
—¡Defiende nuestra paz y nuestra libertad!
—¡Lucharemos si es necesario!
Repentinamente, la voz de Alex, potente como ninguna, dominó aquellas manifestaciones de vehemente entusiasmo:
—¡Silencio!
Y, después de haberlo logrado:
—¿Os habéis vuelto locos? ¿Es que no os dais cuenta del poder del amo? Ahora mismo, si lo desease, destruiría este país como si se tratase de un castillo de arenase volvió, iracundo, hacia Donald.
—¡Tú, viejo estúpido, eres el culpable de todo! Ansias un poder que no te pertenece y eres capaz de enviar a los hombres de estas islas a una absurda guerra para seguir siendo el jefe del Consejo.
Afortunadamente para él, Donald estuvo a tiempo para hacer un gesto a los policías que ocupaban la parte baja de la estrada. Mucho antes de que los asistentes se lanzasen enfurecidos hacia la tribuna,

el viejo jefe lanzó un:

—¡Protegedle!

La gente avanzó amenazadoramente con la intención de destrozar a aquel loco que se había atrevido a insultar al hombre más respetado de todas las islas...

* * *

Fuera, un hombre joven se debatía contra los que le impedían avanzar hacia la puerta del edificio.

Desde que se había conocido el regreso del joven científico, un denso gentío se había agolpado en los alrededores de la sede del Consejo, intentando informarse de lo que allí dentro pasaba.

Algunos delegados habían empezado a salir, manifestando el ataque verbal de que Donald había sido objeto por parte del recién llegado.

Allí estaba, principalmente, el motivo de la lucha a puñetazos que el joven impetuoso sostenía contra los que se oponían a su avance.

—¡Dejadme pasar, estúpidos! ¡Yo soy amigo de Alex y sé que él no ha podido decir lo que dicen!

—¡Vaya amigo que tienes! Esperemos que no seas tan traidor como él...

—Me has llamado traidor, ¿eh? ¡Voy a darte unos cuantos golpes para enseñarte a tener la lengua un poco más tranquila!

Una encantadora muchacha luchaba igualmente por detener a aquel coloso de anchas espaldas que repartía directos y ganchos a derecha e izquierda.

—¡Espera, Jimmy, por favor! ¡No hagas locuras!

El joven se volvió sonriendo.

—¡No te preocupes, hermanita! En seguida acabo con estos bocazas... ¿Es que no te has dado cuenta de que están insultando a Alex?

—¡No saben lo que se dicen!

—Conque no, ¿eh? ¿Y tú que me decías que estabas chalada por Alex? ¡Tienes una manera de quererle que asombra!

Ella le lanzó una mirada de franco reproche.

Pero, en realidad, el llamado Jimmy había empezado de nuevo a

repartir golpes, de una manera contundente; y así consiguió abrirse paso hasta la puerta.

—¡Banda de idiotas! —gritaba sin dejar de golpear—. ¿Qué sabéis vosotros de Alex? ¡Si le hubierais visto jugar al rugby! Un delantero como él no puede ser nunca traidor... ¡Pero vosotros sois un grupo de borricos y pierdo lastimosamente el tiempo al hablaros!

Consiguió, finalmente y seguido por la joven, llegar hasta la puerta y penetrar en el edificio.

Todos los delegados habían salido ya y los dos jóvenes, al penetrar en el salón, se tropezaron con Donald, que salía en aquellos momentos.

El viejo miró con simpatía a los recién llegados. Una triste sonrisa iluminó su rostro.

—¡Hola, muchachos!

—Buenos días, señor Richmond... ¿Es verdad lo que dicen de Alex esas gentes?

Donald asintió gravemente con la cabeza.

—¡Pero si es imposible! —protestó vehemente Jimmy—. ¡Imposible!

Y, después de un embarazoso silencio:

—¿Podría verle, señor? Nos conocemos desde niños y Gladys, mi hermana, es medio novia suya. Nosotros podremos hablarle, porque no puedo llegar a creer que un muchacho como Alex nos haya traicionado.

—Yo también estoy verdaderamente confuso, Scott. Creo que será mejor que le veáis en seguida. Está encerrado en mi propio despacho. Voy a haceros una nota para que los policías de guardia os permitan entrar. Si os enteraseis de algo importante, avisadme, por favor; esta situación no tiene nada de agradable...

—Pierda cuidado, señor.

Donald garrapateó velozmente en un bloc y tendió la hoja a Jimmy.

—Aquí tienes.

—Gracias.

—¡Que haya suerte!

Confusos, los dos hermanos avanzaron hacia el fondo de la sala, entregando la nota al jefe de los policías que hacían facción ante la puerta del despacho de Donald.

—Pueden pasar.

Cuando la puerta se cerró silenciosamente tras ellos, Jimmy y Gladys permanecieron unos instantes junto a la entrada, mirando fijamente a un Alex extraño, que, sentado en el sillón del propio Donald, les miraba fríamente,

Jimmy fue el primero en adelantarse con la mano extendida, al tiempo que exclamaba:

—¡Alex, muchacho, me alegro mucho de volverte a ver!

Fhaiter pareció no ver aquella mano que tan cordialmente se le tendía, y repuso:

—¡Hola, Jimmy! —y, mirando a la muchacha—: ¡Hola, Gladys!

—Hola..., Alex.

Hubo un silencio demasiado prolongado para ser cordial.

—¿Has venido por mucho tiempo, Alex? —inquirió Jimmy por decir algo y romper aquel molesto silencio.

—No, tengo que regresar en seguida. El amo me espera...

—¿El amo?

Asombrado, Jimmy se acercó aún más a su amigo, conminándole:

—Pero, ¿qué demonios te ocurre, Alex? No te conozco, francamente, y hasta tengo que pellizcarme para convencerme de que estoy despierto...

Alex pareció súbitamente abatido. Se pasó la mano derecha por los cabellos..

—Es horrible... —balbuceó en voz queda—. Nunca me ha dolido tanto la cabeza como ahora.

Movida por un impulso puramente maternal, Gladys corrió hacia el joven y, tomándolo de la mano, inquirió:

—¿Qué te ocurre, Alex? ¿Es que ya me has olvidado?

El sabio despertó bruscamente de su aparente depresión y, desasiéndose brutalmente de la tierna caricia de la muchacha, replicó:

—¡Déjame tranquilo de una vez! ¡Has de saber que estoy enamorado de una mujer y que nadie podrá apartarme de ella!

Gladys retrocedió asustada.

—Perdona... —murmuró.

Los ojos de Alex brillaban coléricamente.

—¡No conseguirás nada con tus ademanes de niña inocente,

Gladys! ¡Si crees que vas a apartarme de Prania, te equivocas! ¡Tú no eres más que una niña estúpida y mimada que se lo ha creído siempre!

Gladys estalló en sollozos.

Fue entonces cuando Jimmy avanzó hacia su amigo, reprendiéndole: —Escucha, Alex. No creo que deba permitirte hablar así a Gladys…

La mirada de Fhaiter se clavó materialmente en los ojos del joven.

—Os ha mandado Donald, ¿eh? ¡Ese viejo ambicioso, ese bandido que quiere arrastraros a todos por su maldita ambición! ¡Es un canalla!

El rostro de Jimmy se puso blanco como el papel.

—No sabes cuánto lo siento, muchacho. Estoy seguro de que te pasa algo muy raro; pero si alguien ha conseguido cambiarte hasta tal punto, que te has vuelto un idiota capaz de insultar a una señorita y a un hombre al que deberías honrar y hasta besar por donde pisa, voy a verme obligado a demostrarte que lo mismo que te apreciamos podemos sacudirte de lo lindo…

—¡No, Jimmy! —gritó la muchacha.

Pero ya era demasiado tarde y el puño de su hermano había golpeado el rostro de Alex, que se desplomó pesadamente lanzando un rugido de dolor.

CAPITULO VII

—¡Eres un bárbaro! ¡Salvaje!

Arrodillada junto al cuerpo de Alex, Gladys sollozaba con un extraño hipo sin dejar de dirigir a su hermano cuantos improperios le pasaban por la cabeza.

—¡Bruto! ¡Cruel! ¡Desconsiderado!

Frotándose el nudillo con el que había golpeado, Jimmy, rojo de vergüenza, no sabía exactamente dónde ponerse.

—¡Mal amigo!

—¡Está bien, Gladys! ¡Llámame lo que quieras, pero no me digas que soy un mal amigo! Te ha insultado y también a Richmond...

—¿Es que no te has dado cuenta de que Alex está enfermo?

Fue entonces, al apoderarse de la cabeza del joven, cuando Gladys lanzó un grito de horror que hizo acudir a los policías que estaban al otro lado de la puerta.

—¡Le has matado, Jimmy!

El joven tuvo que apoyarse en la mesa de Donald para no caer desvanecido. Los policías se acercaron velozmente a la muchacha.

—¡Hay que llamar a un médico!

—¡Avisen también al jefe del Consejo!

Gladys y su hermano fueron invitados a salir del despacho mientras los policías colocaban el cuerpo de Alex sobre un diván. Solamente entonces pudo ver Jimmy el gran charco de sangre que había en el suelo.

—¡Lo he matado, Dios santo! —murmuró horrorizado.

Se sentaron en el vestíbulo viendo llegar a varios doctores

y a Donald, que sin verlos penetró velozmente en el despacho.

—¡Lo he matado! ¡Lo he matado! —repetía sin cesar.

Gladys intentó calmarle inútilmente, pero su propio dolor le impedía ser todo lo explícita que aquella tremenda situación hubiese necesitado.

El tiempo pasó lentamente y los minutos se les antojaron siglos.

Por fin, la puerta del despacho se abrió y Donald, con una bondadosa sonrisa en los labios, se acercó a ellos y, poniendo su mano sobre el hombro del abatido joven, dijo:

—¡Puedes estar tranquilo, Jimmy! Tu amigo está perfectamente.

Jimmy levantó la cabeza lentamente y miró al jefe del Consejo

como si no le hubiese visto jamás; luego, con voz extraña, replicó:

—¿Por qué intenta usted engañarme, señor? ¡He matado a Alex! ¡He matado a mi mejor amigo!

Richmond movió la cabeza de un lado a otro al tiempo que sonreía.

—¡No, amigo mío, no has hecho ningún daño a Alex, sino todo lo contrario: le has salvado y nos has salvado a todos con ese providencial puñetazo!

Y como Jimmy le seguía mirando sin darle el menor crédito, continuó:

—Ven, sígueme. Y tú también, Gladys.

Penetraron en el despacho.

Alex seguía sobre el diván y su cuerpo estaba completamente cubierto con una sábana. Los doctores estaban sentados alrededor de la mesa y estaban observando un pequeño objeto que uno de ellos tenía en la mano.

—Acérquese, Jimmy.

El joven obedeció.

El médico alargó el objeto a Donald que, cogiéndolo entre el pulgar y el índice de la mano derecha, se lo enseñó al amigo de Alex.

—¿Qué es eso? —preguntó Jimmy.

—Un objeto que su amigo tenía en el cerebro. Alguien le había hecho un orificio en el cráneo y le había colocado este pequeño dispositivo...

—Con la intención de volverle loco, ¿no es así?

Donald movió la cabeza negativamente.

—No, Jimmy. Tu amigo ha sido víctima de algo tremendo. Este pequeño cilindro es, en realidad, un receptor-emisor maravilloso que estaba conectado *directamente con el cerebro del joven Fhaiter.* Así, no sólo iba diciendo lo que «alguien» le dictaba desde lejos, sino que pensaba como el «otro» quería y lo que el «otro» deseaba...

—Sí, el «amo» del que Alex habló, el robot llamado Ultramán y que se dispone a atacarnos, a atacar a todos los países de la Tierra y a empezar la conquista del Universo.

—¡Es un loco!

—No, es algo mucho peor que eso: es un monstruo, una máquina horrible que no podemos imaginarnos siquiera; la encarnación del

Genio del Mal…

—¿Que se puede hacer para salvarnos de ese peligro?

—Todo depende de lo que Alex, el verdadero Alex, nos diga cuando recobre el conocimiento. Los médicos le han hecho una transfusión. Por fortuna no se trata de nada grave y fue, precisamente, el golpe que le propinaste el que hizo salir este aparato maquiavélico de su cráneo.

* * *

Cuando Alex abrió los ojos, le pareció surgir de un tenebroso túnel en el que hubiese permanecido encerrado desde hacía muchísimo tiempo.

La primera cosa que vio fue el rostro de Gladys a su lado. Haciendo un esfuerzo, sonrió contento:

—¡Gladys!

—¡Calla, por favor, querido; el doctor ha ordenado que reposes!

—Ese doctor es un tirano… ¡Qué contento estoy de estar a tu lado, pequeña!

—Yo también, Alex, te lo juro…

La silueta atlética de Jimmy se dibujó detrás de la de su hermana, entrando en el campo de visión de Alex.

—¿Estás ahí, grandullón? ¡No creas que he olvidado el golpe que me has dado!

—¿Cómo? ¿Quién te lo ha dicho?

—En realidad no perdí el conocimiento totalmente. He oído todo lo que decían los doctores y he comprendido lo que el monstruo hizo conmigo. ¡Me he portado como un idiota! ¡Pero ya me las pagará!

—¿Qué tonterías estás diciendo, Alex? ¡Yo no quiero que vuelvas nunca más allí! ¿Me entiendes? ¡Nunca!

Soltando una de las manos, Alex acarició los negros cabellos de Gladys.

—Hacía muchísimo tiempo que no acariciaba tu pelo, pequeña. Pero de verdad que lamento no poder hacerte mucho caso hasta que no acabe este asunto… Nuestra joven civilización, que tantos esfuerzos ha costado, está en peligro.

—¡Mi civilización eres tú…! Alex…

—No seas egoísta, pequeña: tú tampoco podrías gozar de la vida

si Ultramán se saliese con la suya... ¡Hay que destruir definitivamente a ese monstruo! Todos los robots que pueblan Europa no significan nada. Sin él, el peligro que nos amenaza habrá desaparecido...

—¡Tienes razón, Alex! —exclamó Jimmy con vehemencia—. ¡Iremos y destruiremos a esa bestia!

Gladys se volvió bruscamente hacia su hermano.

—¡Tú te callas! ¿Quién te ha dado vela en este entierro? ¿Por qué deseas que Alex vuelva a aquel horrible infierno?

—No, Jimmy; iremos los dos. No sabes cuánto te agradezco que me acompañes. Además...

Bajó la cabeza como si desease que Gladys no adivinase los íntimos pensamientos que atravesaban su mente. Pero ella había adivinado.

—Estás pensando en Prania, ¿no es verdad, Alex?

El la miró con sorpresa.

—¿Cómo sabes su nombre?

—Hay cosas que una mujer no puede olvidar nunca..., aunque no las haya oído más que una vez.

—Perdóname, Gladys; pero te juro que todo lo que ha ocurrido con ella es tan extraño... Sin embargo, es un deber sacarla de allí, de las garras de ese monstruoso hombre-máquina.

—Lo comprendo.

Fueron interrumpidos por la entrada súbita de Donald al que pusieron inmediatamente en antecedentes de los proyectos que tenían.

Alex habló larga y detalladamente, de forma que Richmond se enterase de cuanto había ocurrido en Europa, sin omitir absolutamente nada.

Al terminar de hablar, un silencio profundo se adueñó del ambiente.

—¡Es inconcebible! —exclamó finalmente Donald.

—¡Horroroso! —corroboró Jimmy.

—¡Una mujer joven de siglo y medio! —dijo Gladys a la que había interesado mayormente aquella parte del relato—. ¡Pobrecilla! Comprendo perfectamente todo lo que ha debido sufrir durante esos interminables años. Yo, que sólo he pasado dos lejos de ti, Alex, me han parecido dos siglos...

Alex se incorporó de un salto.

—¿Dos años? ¿Te has vuelto loca, Gladys? ¡Pero si he estado fuera solamente una semana!

Le miraron con asombro, convenciéndole finalmente de que habían pasado dos años desde que el profesor Templer y él habían despegado del aeródromo de Londres en compañía del gigantesco y monstruoso robot.

—¡Parece imposible! Pero, ¿qué me ha ocurrido, Dios mío? ¿Qué extraño y horrible maleficio reina sobre aquella alucinante ciudad?

—Hay que destruir a ese monstruo —repitió Jimmy—. Y cuanto antes lo hagamos, creo que será mejor para todos.

—Sí —añadió Donald—, hay que hacerlo en seguida. Los habitantes de las Islas de la Paz y de todos aquellos puntos donde los hombres han empezado a crear algo digno de ser conservado, os deberán eterna gratitud.

* * *

El avión volaba a baja altura y los técnicos de las Islas de la Paz lo habían dotado de un motor especial, cuyo régimen le capacitaba para escapar a los receptores auditivos que pudiesen existir en Europa.

La poca altura a que el aparato volaba, aun siendo tremendamente peligrosa, era obligada, ya que debían evitar que los dispositivos de radar pudiesen prevenir a Ultramán demasiado pronto de la llegada de los dos hombres, que no tenían otra misión que la de destruirle.

Tanto Alex como Jimmy iban dotados, además de dos novísimos sistemas de paracaídas que les permitían lanzarse desde baja altura, de armas en cantidad, sobre todo de rifles automáticos de fabricación especial y que lanzaban poderosos explosivos a una cadencia de diez mil disparos por minuto.

Antes de ponerse en marcha habían discutido, en compañía de un gran número de técnicos electrónicos, sobre los robots, llegando a la conclusión de que cualquier clase de hombres-mecánicos poseía un «talón de Aquiles» que los reduciría en seguida: las antenas, que eran la parte más vital de sus complicados mecanismos y sin las cuales no podían recibir mensaje alguno, quedando, por tanto,

ciegos y sordos; es decir, completamente inútiles.

Por eso mismo, y pensando en la extraordinaria puntería que se necesitaría para cortar las finas antenas, se había dotado a los dos expedicionarios de los rifles especiales, cuya potencia de fuego supliría con ventaja la dificultad de hacer blanco.

—Dentro de unos minutos —dijo de repente el piloto—, estaremos lo bastante cerca de Európolis para que se puedan lanzar.

—Perfectamente.

Colocaron y se distribuyeron la carga, así como los alimentos en conserva y extractos vitamínicos y energéticos suficientes para poder vagar por un mundo en el que no se hallaba ni el menor rastro de vida vegetal o animal.

—¡Preparados!

El avión ganó un poco más de altura para permitir el lanzamiento. Momentos más tarde, los dos jóvenes atravesaban el espacio y caían, con los paracaídas perfectamente abiertos, sobre la superficie de un suelo terroso y muerto.

Al fondo, en las primeras luces del alba, se adivinaba ya la colosal masa de la fantástica ciudad que el genio demoníaco de Hünter había levantado como un insolente desafío al cielo.

—Vamos, Jimmy.

Avanzaron rápidamente, aprovechando la oscuridad que reinaba aún sobre la Tierra.

Los terrenos que atravesaban, lejos de las pistas que los robots habían construido recientemente, mostraban crudamente la desolación de lo que había sido campo de combate, y los cráteres de las tremendas bombas exponían aún sus colosales dimensiones dando a la Tierra el sabido aspecto de un paisaje lunar.

Al acercarse a la ciudad, Alex dirigió la marcha hacia la parte de los túneles de lanzamiento, único lugar por donde Európolis ofrecía una posible entrada, ya que por el resto del encintado no había más que un muro de una altura considerable y que hacía imposible cualquier intento de ser atravesado.

Alex conocía un pasaje, algo estrecho, en la cercanía de los hangares y que le había llamado la atención desde el momento en que los vio, cuando en compañía de Prania había casi alcanzado la libertad deseada.

Mientras se aproximaban a las altas construcciones, el joven

profesor advirtió a su amigo que debía colocarse ya la máscara antigás.

Habían llevado dos cada uno para evitar que la sustancia que durmió a Alex, antes de la canallesca operación cerebral de la que había sido objeto, pudiera ser empleada por el «amo» contra ellos.

Unos pequeños emisores y receptores, de pequeño alcance igualmente, les permitían comunicarse entre sí cuando fuese necesario.

La entrada en los hangares, junto a las pistas de lanzamiento, no ofrecía grandes dificultades.

Una vez dentro, empezaron a avanzar hacia el fondo sin encontrar, por el momento, ningún hombre mecánico que les impidiese el paso.

—Pégate más a la pared, Jimmy —advirtió Alex por el micrófono —. Si un robot te ve, puedes estar seguro de que tu imagen televisada llegará hasta el monstruo. Hay que disparar contra las antenas antes de que el hombre-mecánico nos aviste.

—De acuerdo; no te preocupes. Soy bastante rápido disparando.

Los dos primeros robots gigantes estaban inmóviles ante la puerta del fondo que, sin ninguna duda, guardaban como dos colosales cancerberos.

—¡Fuego! —ordenó nerviosamente Alex.

Pronto se dio cuenta de que Jimmy era un tirador estupendo, ya que las antenas de los hombres mecánicos volaron hechas trizas a la primera ráfaga de su amigo.

—¡Bravo, Jimmy, eres un as!

Tras la máscara, el joven sonrió.

Una vez al otro lado de la puerta, Alex se orientó velozmente, dirigiéndose hacia el pasillo que conducía al laboratorio de Hünter y a los ascensores que subían hasta la altísima cúpula del edificio.

Tres robots más, que circulaban por las rampas movedizas, fueron atacados con éxito por los dos amigos.

—¡Esto es coser y cantar! —exclamó gozosamente Jimmy.

—No te fíes. Cualquier descuido puede costamos caro… — advirtió el otro.

Y no se equivocaba.

Al volver una de las esquinas y cuando empezaba el pasillo que se dirigía directamente al laboratorio del hermano de Prania, una

docena de robots aparecieron de repente.

—¡Fuego! ¡Rápido!

Las armas escupieron un torrente de proyectiles; pero, a pesar de la velocidad que empleó Jimmy en hacer fuego, Alex sorprendió en uno de los robots unos extraños brillos, en los extremos de las antenas, antes de que éstas saltasen en pedazos.

—¡Corramos! ¡Uno de los robots ha dado la alarma!

Pasaron como exhalaciones ante los hombres-mecánicos, que habían quedado completamente inmóviles e inservibles.

El pasillo se abría ante ellos y Alex imaginaba que el monstruo habitaría al fondo, en el laboratorio en que había sido creado.

—¡Adelante! —gritó impaciente.

Pero, cuando estaban solamente a unos cincuenta metros de la puerta, tras la que pensaban hallar lo que tan afanosamente buscaban, la puerta del laboratorio se abrió bruscamente, y casi cuarenta robots salieron furiosamente, dispuestos indudablemente a cortarles el paso y a capturarlos.

¡La alarma había sido dada!

Se detuvieron sin saber qué hacer.

—¡Estamos perdidos! —exclamó Jimmy, empezando a disparar locamente.

Su buena puntería hizo efecto; pero, ante su sorpresa, los robots cuyas antenas destrozó continuaron tranquilamente la marcha.

—¡Llevan las órdenes impresas en los cerebros electrónicos! —rugió Alex—. ¡Y de nada les sirven las antenas!

Desesperadamente, el joven profesor hizo trabajar su cerebro a toda velocidad. Luego, cuando encontró una idea, la única a la que se aferró como un náufrago desesperado, gritó a su amigo:

—¡Ven!

Retrocedieron a gran velocidad.

Los robots, seguros de que sus presas no podían escaparse, seguían avanzando pausadamente, ya que, por otra parte, no cabía la menor duda de que Ultramán debía haber movilizado la totalidad de los guardianes de Europolis y cerrado todas sus puertas.

Verdaderamente tuvieron suerte.

Nada más atravesar la pared transparente que separaba el pasillo del laboratorio donde trabajaban los hombres de rostro metálico, ésta se endureció como el cristal.

Alex lanzó un suspiro.

Ante los ojos asombrados de su amigo, apareció Ja escena que el joven conocía ya perfectamente.

Los hombres de rostro metálico trabajaban tan. silenciosa y calladamente como siempre, sin hacer caso de la entrada de los recién llegados.

Sin perder tiempo, Alex se dirigió a los armarios en los que se encerraba la más famosa colección de instrumental quirúrgico.

—¡Ayúdame, Jimmy! —gritó nerviosamente.

Entretanto los robots, orientados por los mecanismos especiales, se habían detenido ante el extraño muro, esperando que el amo abriese aquella barrera para destrozar entre sus potentes manos a los que habían osado penetrar en la ciudad maldita.

Una vez que estuvo en posesión del instrumental que creía más adecuado para realizar su audaz plan, Alex se aproximó a una de las mesas y, volviéndose a su amigo, dijo:

—¡Coge a uno de esos hombres y ponlo sobre la mesa!

Jimmy dudó visiblemente; la vista de aquellos rostros metálicos, en los que brillaban los dos puntos rojizos, le daba náuseas. Pero, realizando un esfuerzo formidable, se sobrepuso a la sensación angustiosa que se había apoderado de él y cogiendo a una de aquellas criaturas, como si fuese una pluma, la colocó pese a sus protestas sobre la mesa en la que esperaba Alex.

Este, sin perder tiempo:

—¡Sujétale fuerte y déjale que chille!

El fórceps atrapó el borde metálico de la placa que cubría el rostro y, cuando el joven estuvo seguro de tener firme su presa, dio un violento tirón mientras el infeliz lanzaba un aullido que puso la carne de gallina a Jimmy.

—¡Por Dios, Alex!

—¡Ya está! ¡Coge a otro!

El pobre desdichado se tapaba la cara con las manos y por entre los dedos la sangre corría en cantidad.

Jimmy miraba con los ojos muy abiertos aquella alucinante escena.

—¡Date prisa, Jimmy, y tráeme otro en seguida!

Las operaciones se desarrollaron a una velocidad fantástica.

Alex hubiese deseado utilizar una anestesia cualquiera, pero el

tiempo trabajaba en su contra y cada vez que volvía la cabeza y miraba a los robots, esperando tras el muro, se estremecía.

Estaba operando al que hacía veinte cuando una mano se posó blandamente sobre su hombro.

—Gracias, muchas gracias —dijo alguien a su espalda.

Se volvió.

Tuvo que hacer un esfuerzo para no lanzar un grito de horror.

Con el rostro cubierto de sangre y un orificio profundo en la frente, un ser extraño, que en nada se parecía a un hombre, le miraba con los ojos desmesuradamente abiertos. Pero lo más fantástico y horrible de aquella dantesca visión era el ver los huesos de la cara completamente al desnudo, ya que la placa metálica había desgarrado totalmente la piel y eran los huesos los que formaban la superficie externa del rostro.

En realidad, era como contemplar calaveras en las que las cuencas estuvieran llenas…

Jimmy, al lado de su amigo, se tambaleó faltando muy poco para que perdiera el conocimiento.

Era demasiado para él.

—Muchas gracias —repitió el «hombre».

—No se merecen —repuso Alex, preparándose para operar a otro —. Hace mucho tiempo que me di cuenta de que ustedes eran hombres sometidos a una horrible intervención quirúrgica. ¡Hünter era verdaderamente diabólico!

—No lo sabe usted bien. Voy a ayudarle a operar a mis compañeros. Luego escaparemos de aquí…

No habían terminado de operar al último cuando Jimmy lanzó un grito de aviso:

—¡Los robots!

En efecto, Ultramán había abierto la misteriosa puerta y los hombres-mecánicos penetraban en tromba en el laboratorio con sus tremendas manos extendidas y dispuestos a destrozar a los dos osados jóvenes.

CAPITULO VIII

Alex y Jimmy echaron mano a sus armas.

—No se preocupen —dijo el hombre que les había ayudado a operar—. Los robots no harán nada...

Y adelantándose, empezó a proferir raros y agudos sonidos que ensordecieron a los dos jóvenes.

—¿Qué diablos está haciendo? —inquirió Jimmy.

La voz de otro de los hombres recién operados le contestó a su lado:

—Está emitiendo sonidos que perturban la recepción de los mensajes que los robots reciben en estos momentos. ¡Fíjese cómo empiezan a girar sobre sí mismos sin saber lo que hacer!

Muchos de los recién operados, que habían comprendido los propósitos de sus compañeros, se pusieron a emitir la misma clase de sonidos, obligando a los dos amigos a cerrar los receptores de sus máscaras, ya que aquel extraño y desconcertante concierto amenazaba con enloquecerlos.

El que había empezado se acercó a los dos amigos y llevándoselos a un extremo del laboratorio, que por estar en ángulo recto con el resto, permitía escapar a los agudos y estridentes gritos de los otros:

—¿Qué deseáis hacer ahora?

—Hemos venido a destruir a Ultramán.

Si el pobre desdichado hubiese tenido labios para sonreír lo hubiese hecho.

—Esa es nuestra idea desde siempre. Cuando murió Hünter, creímos que el momento de nuestra ansiada libertad había llegado. Pero el monstruo creado por el diabólico profesor es aún mucho peor que él.

—Ya lo sé...

—¡Podemos destruirle!

Y después de una pausa:

—¿De dónde procedéis vosotros?

—De las Islas de la Paz.

Hubo una nube de tristeza que veló un tanto el brillo de los ojos de aquella calavera viviente:

—No sé si saldremos vivos de esta empresa, pero desearía saber

si los hombres, los felices habitantes de esas Islas de la Paz, desearían recibirnos…

—¡Podéis contar con ello!

—¡Vamos entonces!

Pasaron tranquilamente entre los robots, mientras algunos de aquellos desdichados seguían profiriendo los gritos que desarticulaban la recepción de los mensajes de muerte que Ultramán les dirigía.

El pasillo estaba completamente libre.

—Me llamo Herman— explicó su simpático pero repulsivo acompañante—. He ordenado que unos cuantos inmovilicen a los *robots mientras nosotros* buscamos al monstruo.

—¿Está en el laboratorio del fondo?

—Sí.

—Pues adelante.

Avanzaron y tanto Alex como Jimmy experimentaron una indecible emoción que no hacía más que crecer.

Se acercaban al final, que igual podía ser el del monstruoso robot que el de ellos…

La puerta del laboratorio estaba cerrada.

Jimmy, sin pedir parecer a nadie, apuntó con su rifle, comprobando desdichadamente que había terminado sus proyectiles.

—Déjame a mí —dijo Alex.

La cerradura metálica saltó hecha pedazos, pero Alex tuvo que seguir disparando hasta lograr que finalmente se abriese totalmente la puerta.

Decidido, avanzó hacia el fatídico laboratorio.

Nada más penetrar, oyó una siniestra carcajada que le heló la sangre en las venas.

Ante él, de pie, junto al muro del fondo, Ultramán estaba abriendo una puerta para escapar por ella.

Alex oprimió el gatillo de su rifle.

Algo sonó raramente en el interior del arma y el joven lanzó un grito de rabia!

¡La puerta le había consumido la totalidad de las municiones! Loco de rabia al ver que su odiado enemigo se le escapaba, el joven cogió el arma por el cañón y sin pensar en los peligros que podían resultar de aquella acción, lanzóse sobre el gigantesco robot

dispuesto a impedirle, fuese como fuese, la huida.

Al llegar a la altura de Ultramán, descargó un golpe formidable contra el pecho del hombre-mecánico.

¡Un alucinante alarido infrahumano se dejó oír!

Al mismo tiempo, el monstruo descargó un golpe tremendo contra el joven. Por fortuna para éste, la acerada mano del monstruo chocó contra su hombro, evitando de milagro recibir el golpe en la cabeza, que era hacia donde indudablemente iba dirigido.

Alex salió proyectado como impelido por una catapulta.

Casi inmediatamente, la puerta se cerró y Ultramán desapareció de la vista de todos.

Herman y Jimmy, así como los otros operados, se precipitaron en ayuda del valiente joven.

Este estaba ya en pie y se frotaba vigorosamente el hombro herido.

—¡Si te da en la cabeza te la deshace! —exclamó Jimmy horrorizado.

—¡Hay que tirar esa puerca y seguirle! ¡Seguro que se dirige a las habitaciones de Prania! Si llega antes que nosotros, la cogerá como rehén y la matará si osamos atacarle...

Se agachó Alex para recoger su rifle, que se había escapado de las manos al recibir el golpe y fue entonces, al contemplar la culata del arma, cuando lanzó un grito de indecible sorpresa:

—¡Sangre!

Todos se acercaron para ver aquel líquido viscoso que manchaba la culata del rifle.

—Sí —dijo Jimmy—, eso es sangre; no hay la menor duda.

—¿Entonces? —inquirió Herman.

—¡Ultramán es un ser vivo; un hombre! ¡Ahora me explico la carga de plasmina que el loco de Hünter colocó en el interior de ese falso robot!

¡Aquel robot no era más que la prisión metálica que encerraba a Turoff!

—¡Corramos!

—Un momento —intervino Herman—, yo conozco un camino para llegar en seguida a las habitaciones de la hermana de Hünter.

Volvieron a salir en tromba del laboratorio y tomando una de las rampas ascendentes, corrieron como locos hacia las plantas

superiores.

Herman, que iba delante, se detuvo ante una pequeña puerta.

—Aquí es —exclamó con la voz cortada por la fatiga de la veloz carrera que acababa de realizar.

Adelantándose, Alex llamó fuertemente a la puerta.

Al mismo tiempo oyeron golpes terribles en el interior.

—Es Ultramán que intenta entrar por el otro lado —rugió Alex.

Y se puso a golpear la puerta al tiempo que decía gritando:

—¡Abre, Prania! ¡Soy yo, Alex!

Los segundos que la joven tardó en abrir les parecieron a todos interminables siglos.

Finalmente, la puerta se abrió y Prania, con los ojos muy abiertos por el terror, apareció en el umbral.

—¡Alex!

No tuvo mucho tiempo el joven para atender a la ternura de la muchacha. En aquel momento la puerta del fondo saltó en pedazos y el monstruo apareció lanzando un rugido de rabia.

Toda la parte delantera de su cuerpo metálico estaba empapada en sangre.

Al ver que había llegado tarde, lanzó un nuevo rugido, abalanzándose contra todos como una enorme masa de acero que nadie podía detener.

El choque fue brutal.

Atrapándole como podían, los hombres se afianzaron a aquel cuerpo enorme intentando impedir que los descomunales brazos, que eran como aspas metálicas y mortales, se moviesen libremente.

Jimmy, que, gracias a su potencia, había logrado coger uno de los gigantescos brazos, sintió que, a pesar de los desesperados esfuerzos que hacía, su cuerpo amenazaba con destrozarse por sí mismo.

Por su parte Alex, escapando por segunda vez a las garras del monstruo, logró atrapar el cuello de Ultramán y, mientras lo sujetaba con un brazo, golpeó brutalmente la cabeza transparente del monstruo.

Al romperse los cristales que la componían, Alex sintió que su mano se hería por cien partes distintas y la sangre empezó a brotar de los múltiples cortes que se había hecho.

Pero, a pesar de todo, siguió rompiendo los cristales y metiendo

el brazo cada vez más profundamente.

Un alarido de muerte le hizo detenerse un instante.

Confusamente, entre el constante forcejeo del monstruo, alcanzó a ver una escena que le hizo estremecerse de pies a cabeza.

Abajo, junto a los pies metálicos del robot, Herman luchaba desesperadamente por escapar de aquellas plantas de acero que le habían aplastado ya uno de los brazos.

Su lucha fue muy corta.

A pesar de que se movía de un lado a otro, uno de los pies de Ultramán se posó un solo instante sobre su cabeza.

Un horrible chasquido dominó todos los demás sonidos.

¡Cuando el pie del monstruo se levantó, la cabeza del desdichado Herman no era más que una masa repugnante!

Entonces, Ultramán, que había conseguido escapar de los hombres de rostro metálico que le apresaban los pies, empezó a correr por las rampas, llevándose consigo a Jimmy y Alex que seguían pegados a él como dos lapas humanas.

Al principio, el robot corrió libremente por el centro de las rampas, produciendo un estrépito ensordecedor.

Pero, al poco tiempo, deseando desembarazarse de la carga molesta que llevaba y acabar de una vez para siempre con sus dos encarnizados y pegajosos enemigos, empezó a golpearse contra las paredes con la esperanza de aplastar a los dos jóvenes.

Jimmy lanzó un grito de dolor.

Cogido a uno de los brazos del monstruo, era el que estaba más expuesto a los golpes que aquel daba contra la pared, ya que su brazo, aunque se destrozase también, no le producía, como es natural, la menor molestia.

Un segundo golpe, que no fue afortunadamente más que de refilón, arrancó un alarido del pobre Jimmy.

—¡No puedo más! —gritó desesperadamente.

Ultramán se había lanzado de nuevo contra el muro y esta vez había calculado exactamente, de forma que Jimmy recibiese el golpe de pleno.

Viendo que se precipitaba directamente hacia una horrible muerte, el joven se desprendió del brazo, al tiempo que lanzaba un aviso dirigido a su compañero:

—¡Me suelto, Alex!

—¡No, no hagas eso! ¡Te pisoteará!

La advertencia llegaba demasiado tarde.

Viendo a su enemigo en el sudo, Ultramán giró sobre sus talones, avanzando hacia Jimmy, al que la caída había atontado bastante, dejándole medio inconsciente.

—¡Cuidado! —advirtió Alex.

Jimmy se movió, milagrosamente, en el preciso instante en que el monstruoso pie golpeaba fuertemente el suelo con un sonido horrible, como si una plancha acabase de caer al suelo.

Desde luego, si había escapado de aquella intentona del robot, no lograría Jimmy escapar a la próxima.

Precisamente, el joven se hallaba acorralado en un rincón, y no se encontraba con fuerzas para huir.

Alex, loco de terror, hundió el brazo hasta el fondo por aquel cuello sin fin, no haciendo caso del desgarre que los cristales rotos producían en su brazo.

Además, al chocar violentamente contra los tornillos y las ruedas dentadas interiores del monstruo, sus dedos sufrieron lo indecible.

Se mordió los labios...

Ultramán avanzaba implacablemente hacia el joven que, con los ojos desorbitados de horror, esperaba la muerte sin remisión alguna.

El brazo de Alex seguía atravesando mecanismos y ruedas...

Llegando junto al rincón, el robot levantó el pie y una carcajada siniestra resonó espasmódicamente, repitiéndose en mil ecos que la hacían aún más horrible.

La mano de Alex continuaba abriéndose paso por entre los complicados mecanismos y, sin darse cuenta de lo que hacía, sus dedos atraparon una pieza alargada, que acababa de desprenderse, utilizándola para seguir avanzando en aquel maremágnum mecánico.

Ya bajaba el pie del monstruo cuando Alex golpeó algo blando y viscoso...

Un alarido espantoso se dejó oír.

Desviado, el pie cayó rozando el cuerpo de Jimmy...

Luego, el concierto de gritos, de alaridos y de ruegos se sucedieron con una escalofriante continuidad.

Una voz surgió del interior del robot:

—¡Perdón! ¡Perdón!

Pero Alex, aun sintiendo que el corazón se le destrozaba, no podía perdonar porque en su imaginación desfilaban, en aquel preciso instante, las tranquilas campiñas de las Islas de la Paz y sus habitantes, cuyo futuro dependía directamente de él.

Y siguió golpeando…

Siguió y siguió hasta que los gritos, los alaridos y las voces acabaron para siempre.

Entonces, Ultramán, el loco sueño de Hünter, se desplomó pesadamente, después de balancearse peligrosamente, dando tiempo justo a que Alex se lanzase desde lo alto, cayendo sobre el suelo y perdiendo el conocimiento.

¡Turoff, el rebelde que Hünter había encerrado en el interior del diabólico Ultramán, había muerto!

EPILOGO

Durante el viaje de vuelta, Jimmy no pudo evitar una sensación de angustia cada vez que miraba hacia el lugar en el que iban Prania y su amigo.

Comprendía que el dolor sería para Gladys, porque, en realidad, iba a ser imposible permitir que Alex causase a aquella deliciosa criatura el espantoso dolor de su desprecio.

Que Prania estaba locamente enamorada de su amigo era una cosa axiomática y que, por lo tanto, no necesitaba demostración alguna. Bastaba con mirarla.

Pendiente de cualquier gesto del joven, la hermana de Hünter parecía beber el aire que respiraba su amado.

Una de las veces, las miradas de los dos amigos se cruzaron y Alex bajó la cabeza, no queriendo responder a la pregunta que vio escrita en los ojos de Jimmy.

Los hombres operados, contentos como niños con zapatos nuevos, pilotaban los tres aparatos que volaban rápidamente hacia Londres.

Alex había enviado un mensaje a Donald, anunciándole las buenas nuevas y la llegada de las espacionaves.

Por fin, el ansiado momento llegó y, dulcemente, como tremendos pájaros brillantes, los aviones se posaron sobre las pistas, ocupadas por una muchedumbre enardecida.

Los coches que conducían a los personajes relevantes, entre ellos el viejo y simpático jefe, del Consejo, avanzaron hacia los aviones y, así, cuando sus ocupantes descendieron, fueron recibidos personalmente por Richmond, que estrechó emocionadamente a los jóvenes entre sus brazos.

Veinte ambulancias hicieron desaparecer velozmente a los desdichados operados por Alex, que fueron conducidos directamente a una de las más importantes clínicas de la ciudad, donde serían tratados por los cirujanos plásticos, que ya tenían preparado el material necesario para dar a aquellos valientes un rostro humano y un lugar en la sociedad de las Islas de la Paz que tan agradecida les estaba.

Escapando al recibimiento entusiasta, Alex, del brazo de Prania,

se escabulló hacia uno de los coches, desapareciendo momentos después.

Gladys, que avanzaba hacia su hermano, siguió con la mirada a la pareja sin pronunciar palabra alguna.

La emoción la embargaba.

También, en el interior del vehículo que les conducía al domicilio del joven, Alex era presa de una indecible angustia.

Por encima de su positivo amor a Gladys se establecía un recto concepto del deber que no podía declinar en modo alguno.

—¿Estás triste, querido?

Él sonrió forzadamente.

—No, Prania, estoy muy contento, pero comprenderás que estoy un poco emocionado...

—Lo comprendo, amor mío...

De repente, la joven miró a su alrededor y lanzó un grito agudo.

—¿Qué te ocurre?

—¡La plasmina!

—¿No has traído tu maletín?

Ella bajó la cabeza.

—Ultramán aplastó mi maletín al entrar en mi habitación. En aquel momento de locura y de miedo, sólo pensaba en correr hacia la puerta en la que tú llamabas.

Hubo un silencio.

Habían llegado al domicilio del joven y momentos más tarde estaban en las elegantes y limpias habitaciones del interior.

—¡Qué bonito es esto! —exclamó ella.

Fue entonces cuando el teléfono repiqueteó insistentemente.

—Diga —inquirió Alex, después de descolgar el aparato.

—Aquí Donald, querido amigo. Comprendemos perfectamente los motivos de su rápida desaparición. Pero, de todas maneras, ¿no podría venir un momento al Consejo? Todos los miembros de la nación desean darle personalmente las gracias... Por favor, muchacho...

—Voy en seguida.

Y, dirigiéndose a Prania:

—El Consejo desea agradecerme lo que he hecho. Debo irme, querida, aunque regresaré muy pronto.

—¡Estoy muy orgullosa de ti!

Se besaron y Alex salió fuera, tomando el vehículo que ya le esperaba en la puerta de la casa.

A pesar de la alegría que sentía, su frente estaba cruzada por profundas arrugas.

Después de todo, el Destino le había jugado la peor de las bromas.

—¡Debo cumplir con mi deber hacia Prania! —se dijo decidido.

* * *

Desesperado, Jimmy contemplaba a su hermana que se había dejado caer sobre el lecho y sollozaba espasmódicamente.

Con los puños apretados, el joven intentaba encontrar alguna fórmula para arreglar aquel problema que, por otra parte, le parecía definitivamente insoluble.

Ya era triste que en aquel día de clamoroso triunfo, cuando todo hubiese debido ser motivo de alegría, el cielo se cubriese de nubarrones amenazadores que estropeaban la victoria que tanto había costado conseguir.

—¡Pequeña!

Ella se volvió, mostrando su rostro arrasado por las lágrimas.

—¡No me vuelvas a llamar así, Jimmy! ¿No te das cuenta de que asi me llamaba él siempre?

Jimmy se mordió los labios.

Una idea acababa de atravesar su mente, pero el temor al enfado de Alex le hizo luchar largo rato con aquella idea que, sin embargo, era la única que podía ser factible.

—Salgo un momento.

—¿Dónde vas, Jimmy?

—Al Consejo. Regresaré en seguida.

Su coche estaba a la puerta y el joven aceleró al máximo, cruzando las amplias avenidas como una exhalación.

Estaba casi completamente seguro de que, al mismo tiempo que Gladys iba a perder definitivamente a Alex, él perdería a un amigo para siempre.

Detuvo el coche ante la puerta de la casa de Fhaiter.

Un criado le abrió:

—El señor ha salido.

—¿Y... la señorita?

—Está arriba, en el saloncito.

—Perfectamente. Voy a ver...

Un alarido horrible estremeció la casa.

Por un instante, los dos hombres se miraron interrogativamente; luego, al unísono, subieron las escaleras de cuatro en cuatro.

Otro grito horrible les alcanzó en el rellano.

La puerta del saloncito estaba cerrada.

Jimmy la golpeó con impaciencia.

—¡Abra! ¡Abra, por favor!

—¡No, no puedo abrir!

El hombro poderoso de Jimmy entró en acción.

Al derrumbarse la puerta, el joven penetró violentamente en el salón, seguido por el criado.

Un espectáculo horroroso se ofreció a los ojos de los dos hombres.

De pie, ante el monumental espejo, que ocupaba casi totalmente una de las paredes, Prania se miraba, con los ojos desorbitados por el horror.

Pero no era la Prania que conocía Jimmy.

«Aquello» era una mujer vieja hasta donde nadie puede imaginarse y más parecida a una momia que a otra cosa.

Bruscamente, Prania se desplomó sobre la alfombra.

Jimmy corrió en su ayuda, pero comprobó, inmediatamente, que había muerto.

Sin las plasminas, la Naturaleza había recobrado su poder sobre aquel cuerpo que creía haber dominado las inexorables leyes de la vida y del tiempo.

Era el Destino que tomaba su revancha sobre la locura de los hombres.

FIN

* * *